



CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. DIEGO MARTINEZ BARRIO

EXTRACTO OFICIAL

de la sesión celebrada el viernes 1 de Octubre de 1937

SUMARIO

Abierta la sesión a las diez y veinte minutos de la mañana, se lee y aprueba el acta de la anterior.

Discurso del Sr. Presidente.—Acuerdos adoptados por la Diputación Permanente de Cortes en el período de suspensión de sesiones: comunicación.—Decretos de dimisiones y nombramientos de Ministros: comunicaciones.—Decretos de prórroga del estado de alarma: comunicaciones de la Presidencia del Consejo de Ministros.—Anulación de las concesiones de servicios de transporte por carretera; crédito para la intervención oficial en las industrias; organización de los servicios de radiodifusión; ocupación de caminos vecinales y carreteras provinciales y municipales; pase al Gobierno de la República de los servicios de seguridad pública en Cataluña; nueva denominación de los Departamentos ministeriales y su agrupación; concesión de derecho a pensión a Unidades armadas y funcionarios civiles inútiles o inválidos; alumbramiento de aguas subterráneas; pensión a la viuda e hija de D. Manuel Andrés Casás; adquisición de primeras materias por el Ministerio de Agricultura y Economía; fijación de precios máximos en artículos de primera necesidad; traslado a las plazas de Valencia o Barcelona del domicilio de las Compañías, Entidades o Empresas establecidas en el País vasco; derogación de decretos relativos a asistencia social; creación de una Inspección general de industrias químicofarmacéuticas y anejas; plazo para reintegrarse a sus respectivas situaciones los funcionarios que lo soliciten del Ministerio correspondiente; subsanación de defectos en la cesión hecha a la Diputación provincial de Madrid por la Comunidad de San Vicente de Paúl; asistencia psiquiátrica y de higiene mental; constitución de la Junta delegada del Gobierno en el Norte de España; cuenta de crédito a disposición del Comité Industrial Algodonero; competencia de los Tribunales que ejercen jurisdicción penal en la República; competencia de diversos Ministerios en servicios de radiodifusión: comunicaciones.

Suspensión de la convocatoria de elecciones generales en Cataluña: comunicación de la Presidencia de la Generalidad.—Casos de incompatibilidad de los Sres. Muñoz de Zafra y Casanueva (D. Valeriano): comunicaciones.—Congreso Internacional de Derecho penal: información remitida por el Ministerio de Justicia.—Notas referentes a los Diputados Sres. Albiñana, Alvarez Valdés, Barros de Lis, Esparza, Rico Avello, Riesgo, Salort, Serrano Suñer y Torres Villasana: comunicación del Ministerio de Justicia.

Adhesión del coronel jefe del Ejército del Norte: comunicación del Ministerio de Defensa Nacional.

Excusas de asistencia y adhesiones de los Sres. Masip, Benítez de Lugo, Manso, Domingo, Esplá, Tomás (D. Belarmino) y Casanueva (D. Valeriano): telegramas y cartas.

Designaciones formuladas por la minoría socialista: carta.

Dimisión del Sr. Llopis como Secretario segundo de la Cámara: comunicación.—Pregunta del señor Presidente.—Queda aceptada la dimisión.

ORDEN DEL DIA.—Elección de Vicepresidente tercero del Congreso: manifestación del Sr. Presidente.—Queda elegido el Sr. Santaló.—Adhesión del Sr. Jiménez Asúa.

Composición de las Comisiones de la Cámara: propuestas de las minorías.—Acuerdo.

Obras de reparación en el edificio del Ayuntamiento de Valencia: dictamen de la Comisión de Gobierno interior.—Queda aprobado sin debate.

Provisión de la vacante de secretario general del Tribunal de Cuentas: dictamen.—Es aprobado sin discusión.

Suspensión de los preceptos sobre incompatibilidades de los Diputados; convalidación de los decretos expedidos por la Presidencia del Consejo y Departamentos ministeriales; Presupuestos generales del Estado para 1938: proyectos de ley leídos por el Sr. Presidente del Consejo y Ministro de Hacienda y Economía.

Declaración ministerial: discurso del Sr. Presidente del Consejo de Ministros.—Intervenciones de los Sres. González Peña, Velao y Portela Valladares. Se suspende el debate.

Bases para el fomento, ordenación y desenvolvimiento de las actividades nacionales: proyecto

de ley leído por el Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

Reforma del Reglamento de la Cámara: propuesta.—La apoya el Sr. Prat.—Lectura del artículo 136 del Reglamento.—Manifestaciones del Sr. Presidente.—Queda tomada en consideración la propuesta en votación nominal.—Manifestación del Sr. Presidente sobre constitución de la Comisión correspondiente.

ORDEN DEL DIA PARA MAÑANA.—Se levanta la sesión a la una y cuarenta y cinco minutos de la tarde.

Abierta la sesión a las diez y veinte minutos de la mañana, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

El Sr. **PRESIDENTE**: Señores Diputados, al reanudarse las sesiones de Cortes, sea nuestro primer saludo a las fuerzas de tierra, mar y aire que defienden heroicamente la República española y la independencia nacional.

La nación entera contempla emocionada este supremo esfuerzo de un pueblo, que ha demostrado, como en otros casos idénticos de su historia, la grandeza de su estirpe, la magnitud de su capacidad de sacrificio y la recia voluntad con que sabe defender sus libres destinos.

El saludo del Parlamento es el de todo el país, porque, con la diversidad de matices que existe en todos los grandes pueblos, España está aquí; incluso aquella organización que carece de la representación cuantitativa correspondiente a sus reales efectivos, tiene medios de hacerse oír en la sagrada coincidencia de nuestros esfuerzos.

Ley ineludible de las asambleas representativas es la diversidad de opiniones que, al contraponerse y chocar, recogen la múltiple palpitación de la colectividad; pero no creo engañarme si afirmo que nuestras diferencias, incluso las mayores, se borran ante estas dos imposiciones históricas: salvar la independencia nacional y sostener victoriosamente el derecho de España a disponer con toda libertad de sus destinos.

Bajo este signo se reanudan nuestras tareas. No lo olvidemos; a nuestro deber singular de Diputados se une otro común a todos los españoles: sostenernos a la altura del heroísmo de los combatientes. Ellos están construyendo, con sus vidas, sobre el tablero, la nueva España. Lo menos que pueden pedir y aun exigir de nosotros es que no esterilicemos con nuestros actos su sacrificio.

Sañoses Diputados, van a hablar las pasiones políticas. Que no falte en ningún momento, en las palabras que se pronuncien, el sentido de la responsabilidad. **(Grandes aplausos.)**

Se leyó, anunciándose que se insertaría en el **Diario de Sesiones** y quedaría sobre la mesa durante tres de ellas, a los efectos del art. 33 del Reglamento, la siguiente comunicación:

"Excmos. Sres.: La Diputación Permanente de

Cortes, en sus sesiones de los días 15 de Febrero, 15 de Marzo, 16 de Abril, 15 de Mayo, 10 de Junio, 14 de Julio, 14 de Agosto y 15 de Septiembre, acordó acceder a otras tantas prórrogas por treinta días del estado de alarma, solicitadas por el Gobierno.

En sesión de 16 de Abril, quedó enterada de una comunicación del Juzgado número 3 del Tribunal Popular de Valencia, dando cuenta de la detención del Diputado D. Luis Lucia, puesto a disposición de dicho Juzgado por si resultaran cargos de haber intervenido en la rebelión militar.

En 10 de Junio aprobó el dictamen de la Comisión de Suplicatorios denegando la autorización, solicitada por el juez instructor del Tribunal Popular de Lérida, para proceder contra el Diputado D. Manuel Florensa Farré, por el delito previsto en decreto de 5 de Enero último, dictado por la Generalidad de Cataluña.

En 4 de Agosto acordó pasar a la Comisión de Suplicatorios el procedente del Tribunal Popular de Santander contra el Diputado D. Eduardo Pérez del Molino, por la responsabilidad que pudiera alcanzarle con motivo de la sublevación militar.

En la sesión de 1.º de Septiembre pasó a la Comisión un suplicatorio relativo al Diputado don Modesto Gosálvez.

En 15 de Mayo la Diputación aprobó la sustitución del Sr. Tomás y Piera por D. Miguel Santaló Parvorell, a propuesta del grupo de Esquerda; en 10 de Junio aprobó la del grupo de Izquierda Republicana, sustituyendo al vocal D. Mariano Ruiz Funes por D. Mariano Tejero Manero, y en 14 de Julio aceptó la designación de D. Manuel Torres Campañá para sustituir al Sr. González Sicilia, de Unión Republicana.

En 14 de Julio fué nombrado Secretario don Alvaro Pascual Leone, cubriendo la vacante producida por dimisión del Sr. Tomás y Piera; y para el cargo de Vicesecretario, que hasta dicha fecha había desempeñado el Sr. Pascual Leone, se nombró a D. Miguel Santaló Parvorell.

De conformidad con lo propuesto por la Comisión Permanente del Tribunal de Cuentas, se acordó, en 15 de Mayo, la jubilación del ministro de dicho Tribunal D. Rodrigo Díaz Gutiérrez; y

en sesión del día 10 de Junio se aprobó un dictamen de la misma Comisión proponiendo el nombramiento de D. Alfredo Rodríguez Escobar, contador decano, con más de dos años en la categoría, para el cargo vacante de ministro. En 14 de Junio se declararon las vacantes producidas en el Tribunal por fallecimiento del ministro D. Serafín Ocón y por dimisiones del ministro letrado don José Centeno y deliscal D. Juan Simeón Vidarte, aprobándose en la sesión de 14 de Agosto los nombramientos propuestos por la Comisión de D. Jesús Ruiz del Río y de D. Manuel Mateo Silva, para cubrir las vacantes producidas por los Sres. Centeno y Ocón, respectivamente. También se aprobó en esta fecha la propuesta de jubilación del secretario general del Tribunal, don Alejandro Benito y Curto.

En la sesión de 14 de Agosto se aprobaron las propuestas de las minorías para los cargos de vocales del Tribunal de Responsabilidades Civiles, dándose por hecha y subsistente la que formule la minoría comunista y quedando, desde luego, designados, en representación de las demás, los Sres. D. Angel Galarza, D. Aurelio López Malo, D. Maximiliano Martínez Moreno, D. José Sentís y D. Manuel Robles, como propietarios, y don Emiliano Díaz Castro, D. Félix Templado, don Rafael de Pina, D. Ramón Nogués y D. Ramón Viguri, como suplentes. De la propuesta de la minoría comunista en favor de los Sres. D. Francisco Félix Montiel, vocal propietario, y D. Florencio Sosa, suplente, se dió cuenta en la sesión de 1.º de Septiembre.

Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de VV. EE., en cumplimiento de lo dispuesto en los arts. 29 y 33 del Reglamento de la Cámara.

Valencia, 28 de Septiembre de 1937.—El Secretario, A. Pascual Leone.—Señores Secretarios del Congreso de los Diputados."

El Congreso quedó enterado de comunicaciones de la Presidencia del Consejo de Ministros dando cuenta de los decretos que a continuación se detallan:

Admitiendo la dimisión de su cargo a los señores Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de la Guerra, D. Francisco Largo Caballero; Ministro de Estado, D. Julio Alvarez del Vayo; Ministro de Justicia, D. Juan García Oliver; Ministro de Marina y Aire, D. Indalecio Prieto y Tuero; Ministro de Hacienda, D. Juan Negrín López; Ministro de la Gobernación, D. Angel Galarza Gago; Ministro de Obras públicas, don Julio Just Jimeno; Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, D. Jesús Hernández Tomás; Ministro de Trabajo y Previsión, D. Anastasio de Gracia Villarrubia; Ministro de Sanidad, doña Federica Montseny Mañé; Ministro de Agricultura, D. Vicente Uribe Galdeano; Ministro de Industria, D. Juan Peyró Belis; Ministro de Comercio, D. Juan López Sánchez; Ministro de Comunicaciones y Marina mercante, D. Bernardo Giner de los Ríos García; Ministro de Propaganda, don Carlos Esplá Rizo; y Ministros sin cartera: don

José Giral Pereira, D. Manuel de Irujo y Ollo y D. Jaime Aguadé y Miró; y

Nombrando Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Hacienda y Economía a don Juan Negrín López; Ministro de Estado a don José Giral Pereira; Ministro de Justicia a D. Manuel Irujo y Ollo; Ministro de Defensa Nacional a D. Indalecio Prieto y Tuero; Ministro de la Gobernación a D. Julián Zugazagoitia Mendieta; Ministro de Instrucción pública y Sanidad a don Jesús Hernández Tomás; Ministro de Trabajo y Asistencia social a D. Jaime Aguadé Miró; Ministro de Agricultura a D. Vicente Uribe Galdeano; Ministro de Comunicaciones, Transportes y Obras públicas a D. Bernardo Giner de los Ríos; y disponiendo, asimismo, por otro decreto, que se haga cargo interinamente del Ministerio de la Gobernación el Presidente del Consejo de Ministros D. Juan Negrín López.

También quedó enterado el Congreso de comunicaciones de la Presidencia del Consejo de Ministros trasladando los decretos dictados, previo acuerdo de la Diputación Permanente de Cortes, en 15 de Febrero, 16 de Marzo, 16 de Abril, 17 de Mayo, 12 de Junio, 16 de Julio, 17 de Agosto y 16 de Septiembre, en virtud de los que se prorroga por treinta días el estado de alarma en todo el territorio nacional y plazas de soberanía de Ceuta y Melilla.

Igualmente se enteró la Cámara de comunicaciones de la Presidencia del Consejo de Ministros dando cuenta de haberse dictado durante el período de suspensión de Sesiones los siguientes Decretos:

Anulando todas las concesiones y autorizaciones otorgadas para la prestación de servicios públicos de transportes por carretera de viajeros y mercancías;

Autorizando al Ministro de Hacienda para concertar con el Banco de Crédito Industrial la apertura de una cuenta de crédito de 30 millones de pesetas para intervención oficial en las industrias;

Disponiendo que los servicios de radiodifusión dependan de los Ministerios de Comunicaciones y Marina Mercante, Gobernación y Propaganda, mientras duren las actuales circunstancias;

Autorizando al Estado para ocupar los caminos vecinales y carreteras provinciales y municipales necesarios para atender al abastecimiento de las poblaciones o para operaciones militares;

Disponiendo pasen a depender de la dirección del Gobierno de la República todos los servicios de Seguridad pública en Cataluña;

Dando nueva denominación a los Departamentos ministeriales y agrupándolos en la forma que se determina;

Concediendo al personal encuadrado en unidades armadas en defensa de la República contra la subversión militar y a los funcionarios civiles que resulten inútiles o inválidos el derecho a percibir, con carácter de pensión, el sueldo especificado en los artículos 62, 63 y 64 del Estatuto de Clases Pasivas;

Derogando el decreto de la Presidencia del Consejo de Ministros fecha 3 de Febrero de 1937

y los del Ministerio de Obras públicas de 10 y 16 de Mayo últimos, relativos a alumbramiento de aguas subterráneas;

Concediendo a la viuda e hija de D. Manuel Andrés Casaus la pensión anual de 20.000 pesetas, equivalente al sueldo que disfrutó el causante como director general de Seguridad;

Facultando al Ministerio de Agricultura y Economía para adquirir directamente de los centros productores las primeras materias que necesite cualquier industria que elabore artículos de exportación;

Disponiendo que los Ministerios de Agricultura y Hacienda eleven a la Presidencia propuesta razonada de los precios máximos que debe percibir el productor en origen y los que ha de satisfacer el consumidor en el mercado por los artículos considerados de primera necesidad, y

Reputando trasladado a las plazas de Valencia o Barcelona el domicilio de toda clase de compañías, entidades o empresas que lo tuvieran establecido en el territorio del país vasco.

Se dió cuenta al Congreso de comunicaciones de la Presidencia del Consejo de Ministros participando haberse dictado los siguientes decretos:

Derogando el de 21 de Noviembre de 1936 del citado Departamento y el de 14 de Enero, del Ministerio de Sanidad, en cuanto se refiere a la Asistencia social y constitución y funcionamiento de los Consejos provinciales de igual denominación;

Creando en el Ministerio de Instrucción pública y Sanidad una Inspección general de Industrias químicofarmacéuticas y anejas;

Concediendo el plazo de un mes para que los funcionarios que deseen reintegrarse a sus respectivas situaciones o categorías puedan solicitarlo del Ministerio correspondiente;

Subsanando los defectos de orden administrativo de que pudiera adolecer la cesión de bienes hecha por la Comunidad Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl a la Diputación Provincial de Madrid;

Considerando función sometida a la vigilancia del Estado la Asistencia psiquiátrica e higiene mental;

Constituyendo en Santander la Junta delegada del Gobierno en el Norte de España;

Autorizando al Ministro de Hacienda para concertar con el Banco de Crédito Industrial la apertura de una cuenta de crédito de 20 millones de pesetas a disposición del Comité Industrial Algodonero;

Determinando la competencia de los diversos Tribunales que ejercen jurisdicción penal en la República, y

Señalando la competencia de los diversos Ministerios en los servicios de Radiodifusión.

Se anunció que pasaría a la Comisión de Presidencia, para informe, una comunicación del Presidente de la Generalidad de Cataluña dando cuenta de haberse promulgado una ley por la que se le releva de la obligación de convocar elecciones generales en el plazo establecido en el Estatuto.

Pasaron a la Comisión de incompatibilidades las siguientes comunicaciones:

De D. Amancio Muñoz de Zafra, participando

haber sido designado letrado interino del Estado en la provincia de Murcia y que, en el caso de existir alguna incompatibilidad, renuncia a todos los cargos que expresamente se opondan al de Diputado, y

De D. Valeriano Casanueva, participando haber sido nombrado ministro plenipotenciario de segunda clase en la Legación de España en Peipín, y en comisión en la Embajada de Moscú, y que si se estima que tal nombramiento constituye una incompatibilidad con el cargo de Diputado, optaría por este último.

La Cámara quedó enterada de una comunicación del Ministerio de Justicia trasladando la información que envía a dicho Departamento la Presidencia de la Delegación del Gobierno de la República en el Congreso internacional de Derecho penal.

También quedó enterada de las notas remitidas por el mismo Departamento, referentes a los Diputados D. José María Albiñana, D. Ramón Alvarez Valdés, D. Severino Barros de Lis, D. Rafael Esparza García, D. Manuel Rico Avello, don Honorio Riesgo García, D. Tomás Salort Olives, D. Ramón Serrano Suñer y D. Ricardo Torres Villasana.

Fué leída, quedando enterado el Congreso con satisfacción, la comunicación siguiente del Ministerio de Defensa Nacional:

"Excmo. Sr.: El coronel jefe del Ejército del Norte me telegrafía con fecha de hoy lo siguiente: "Ante apertura Cortes, ruego a V. E. transmita adhesión Presidente República, asimismo Presidente Cortes, con acatamiento soberanía nacional representada por ellos, legítima y auténtica voluntad única pueblo español, con promesa luchar este Ejército hasta final, contribuyendo glorioso triunfo de la República.—Respetuosamente le saluda, coronel Prada". Lo que con verdadera complacencia comunico a V. E.—Valencia, 30 de Septiembre de 1937.—Indalecio Prieto.—Excelentísimo Sr. Presidente de las Cortes."

El Congreso quedó enterado de telegramas y cartas en que los Sres. D. José María Massip, D. Félix Benítez de Lugo, D. Juan José Manso, D. Marcelino Domingo, D. Carlos Esplá, D. Belarmino Tomás y D. Valeriano Casanueva manifiestan la imposibilidad en que se hallan de asistir a las sesiones y se adhieren a los acuerdos que se adopten.

Se dió cuenta de una carta del secretario de la minoría socialista, participando que ésta ha nombrado presidente a D. Ramón González Peña, vicepresidente a D. José Prat García y secretario a D. Ramón Lamonedá; y que para cubrir la vacante de fiscal del Tribunal de Cuentas propone a D. Juan Simeón Vidarte.

Leída una comunicación de D. Rodolfo Llopis, presentando su dimisión del cargo de Secretario segundo del Congreso, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: Con motivo de la renuncia que del cargo de Secretario segundo del Congreso hace nuestro compañero D. Rodolfo Llopis, ¿se acepta la dimisión? (**Afirmaciones.**) Queda aceptada.

ORDEN DEL DIA

El Sr. **PRESIDENTE**: Vacante, por dimisión del Sr. Tomás y Piera, el cargo de Vicepresidente tercero del Congreso, se va a proceder a la elección de quien haya de sustituirle."

Verificada la votación por papeletas, dijo

El Sr. **PRESIDENTE**: Se va a dar cuenta del resultado de la votación:

El Sr. **SECRETARIO** (Trabal): Señores Diputados que han votado: total, 185. El Sr. Santaló ha obtenido 182 votos; papeletas en blanco, 3.

El Sr. **PRESIDENTE**: Queda proclamado Vicepresidente tercero de la Cámara D. Miguel Santaló Parvorell.

Después de terminada la votación, el Diputado Sr. Jiménez de Asúa ha expresado a la Mesa su adhesión al voto de la mayoría. Así constará.

El Sr. **VICEPRESIDENTE** (Fernández Clérigo: Se va a dar cuenta a los Sres. Diputados de una propuesta sobre composición de las Comisiones de la Cámara.

El Sr. **SECRETARIO** (Trabal): Dice así:

GOBIERNO INTERIOR

Propietarios

D. Rodolfo Llopis.
Enrique de Francisco.
Carlos Rubiera.
Emilio González López.
Miguel San Andrés.
Joaquín La Casta.
Pedro Ferrer y Batlle.
Cayetano Bolívar.
Julio Jáuregui.

Suplentes

D. Juan Sapiña.
Marino Saiz.
Antonio Pasagali.
Elpidio Villaverde.
Miguel Pérez Martínez.

Juan Sentís Nogués.
Florencio Sosa.
Rafael Picavea.

ACTAS Y CALIDADES

Propietarios

D. Indalecio Prieto.
Mariano Moreno Mateo.
Manuel Molina Conejero.
Angel Galarza.
Alejandro Peris.
D.^a Julia Alvarez.
D. Emilianio Díaz Castro.
Pedro Vargas.
Alfonso Riz Blázquez.
José Díaz Fernández.
Miguel Muñoz González.
Aurelio López Malo.
Jesús de Miguel.
Jerónimo Gomariz.
Francisco L. Goicoechea.
Alvaro Pascual Leoné.
Domingo Palet.
Juan Casanellas.
Florencio Sosa.
Julio Jáuregui.

Suplentes

D. Wenceslao Carrillo.
José Aliseda.
Jerónimo Bugada.
Juan Simeón Vidarte.
Miguel Villalta.
Isidro Escandell.
Francisco de Toro.
Manuel Pérez Jofre.
José Maldonado.
Enrique Navarro.
Esteban Mirasol.
Miguel Pérez Martínez.
Leandro Pérez Urria.

José Tomás y Piera.
José María Massip.
Cayetano Bolívar.
Rafael Picavea.

INCOMPATIBILIDADES

| Propietarios | Suplentes |
|--|---|
| D. Juan Simeón Vidarte. Francisco de Toro. Luis García Cubertoret. Juan A. Méndez Martínez. Juan Sentís Nogués. Miguel Valdés. Julio Jáuregui. | D. Tomás A. Angulo. Enrique Cerezo. José Junco Toral. Vicente Marco Miranda. Florencio Sosa. Rafael Picavea. |

TRIBUNAL DE CUENTAS

| Propietarios | Suplentes |
|---|--|
| D. Jerónimo Bugada. José Prat. Valeriano Casanueva. José Aliseda. Francisco Menoyo. Enrique Cerezo. Domingo Ferrer. Mariano Tejero. Albino Lasso. Manuel Ruiz Rebollo. Angel Menéndez. Alejandro Viana. Eliseo Gómez Serrano. José Tomás Rubio Chávarri. Francisco L. de Goicoechea. Fulgencio Díez Pastor. Ramón Nogués. Vicente Marco Miranda. Francisco Félix Montiel. Manuel Robles. | D. Aurelio Almagro. Luis García Cubertoret. Antonio Pasagali. Gabriel Pradal. Ginés Ganga. Miguel de Amilibia. Alberto F. Ballesteros. Emilio Baeza Medina. Honorato de Castro. Juan Peset. Juan María Aguilar. Aurelio López Malo. José María Massip. José Puig Pujades. Antonio Pretel. Rafael Picavea. |

SUPPLICATORIOS

| Propietarios | Suplentes |
|--|---|
| D. Mariano Moreno Mateo. Amancio Muñoz de Zafra. Luis Jiménez de Asúa. Emilio Baeza Medina. Pedro Vargas. Alfonso Pazos. Francisco P. Jené. Pelayo Sala. Julio Jáuregui. | D. Angel Galarza. Miguel Villalta. Ramón Lamonedá. Félix Templado. Faustino Ballvé. Juan Casanellas. Antonio Pretel. José María Lasarte. |

PRESUPUESTOS

| Propietarios | Suplentes |
|---|--|
| D. Juan Negrín. Crescenciano Bilbao. Valeriano Casanueva. Amancio Muñoz de Zafra. Juan Sapiña. José Prat. José Aliseda. Julián Borderas. Edmundo Lorenzo. Ramón Ruiz Lecina. Pascual Tomás. Isidoro Vergara. Manuel Martínez Risco. Emilio Baeza Medina. Enrique Navarro Esparcia. Alejandro Viana. Luis Laredo. Julio Just. Leandro Pérez Urria. Honorato de Castro. Luis Velasco Damas. Eduardo Frápolli. Francisco Gómez Hidalgo. Elfidio Alonso. Juan Manuel Sánchez Caballero. Luis Nicolau d'Olwer. Pedro Corominas. Martín Esteve. Miguel Santaló Parvorell. Antonio Mijé. Juan Comas. Pedro Martínez Cartón. Manuel Robles. | D. Miguel de Amilibia. Jerónimo Bugada. Eduardo Blanco. Luis García Cubertoret. Melchor Guerrero. José Junco Toral. Vicente Sarmiento. Emilio Palomo. Moisés Barrio. Emilio González López. Estébal Mirasol. Albino Lasso. Ramón Viguri. Antonio Velao. José Maldonado. Manuel A. Ugena. Miguel Pérez Martínez. Juan Bañeres. Pedro Ferrer Batlle. Francisco Senyal. Juan Sentís. Pedro Aznar. José A. Uribes. Florencio Sosa. Rafael Picavea. |

PETICIONES

| Propietarios | Suplentes |
|--|--|
| D. Manuel Molina Conejero. Marino Saiz. Luis Lavín. Alfonso Ruiz Blázquez. Miguel Pérez Martínez. Joaquín La Casta. Juan Bañeres y Cateura. Julio Jáuregui. | D. Benigno Ferrer. Nicolás J. Molina. José Sosa Hormigo. Félix Templado. Aurelio L. Malo. Francisco P. Jené. Juan A. Irazusta. |

PENSIONES

| Propietarios | Suplentes |
|--|---|
| D. Tomás A. Angulo. D. ^a Matilde de la Torre. D. Eduardo Castillo. Alfonso R. Castélao. Federico Casamayor. Joaquín La Casta. Fernando Zulueta. Manuel Robles. | D. Enrique de Francisco. Melchor Guerrero. Belarmino Tomás. Ramón Suárez Picallo. Manuel A. Ugena. Eduardo Ragasol. Juan A. Irazusta. |

PRESIDENCIA

| Propietarios | Suplentes |
|--|---|
| D. Manuel M. Pedroso. Isidro Escandell. Antonio Pasagali. Ginés Ganga. Alberto F. Ballesteros. Tomás A. Angulo. Nicolás Jiménez. Luis F. Clérigo. Enrique Ramos. Emilio G. López. Miguel San Andrés. José Díaz Fernández. Félix Templado. Rafael Pina. Manuel Torres Campañá. Eduardo Frápolli. Juan Bañeras. Pedro Corominas. D. ^a Margarita Nelken. D. Rafael Picavea. | D. Emiliano Díaz Castro. Rodolfo Llopis. Julio Alvarez del Vayo. Valeriano Casanueva. Eduardo Castillo. Angel Galarza. Vicente Sarmiento. Manuel P. Jofre. Antonio Velao. Alejandro Viana. Federico M. Miñana. Angel Menéndez Suárez. Honorato de Castro. Claudio Ametlla. Juan Lluhi. Miguel Valdés. Juan A. Irazusta. |

ESTADO

Propietarios

D. Julio Alvarez del Vayo.
 Isidro Escandell.
 Alberto F. Ballesteros.
 Ginés Ganga.
 Antonio F. Bolaños.
 Luis Araquistáin.
 Fernando de los Ríos.
 Augusto Barcia.
 Mariano Joven.
 Ramón Viguri.
 Amós Salvador.
 Federico M. Miñana.
 Eliseo Gómez Serrano.
 Joaquín La Casta.
 Faustino Valentín.
 Fernando Valera.
 Luis Nicoláu d'Olwer.
 Mariano Rubió.
 D.^a Margarita Nelken.
 D. Rafael Picavea.

Suplentes

D. Valeriano Casanueva.
 Manuel M. Pedroso.
 Luis Jiménez de Asúa.
 Francisco Menoyo.
 Juan Negrín.
 Mariano M. Mateo.
 Enrique Cerezo.
 Juan Peset.
 José Díaz Fernández.
 Mariano Tejero.
 Emilio Palomo.
 Miguel San Andrés.
 Aurelio L. Malo.

Juan Bañeres.
 Juan Casanellas.
 Antonio Pretel.
 Juan A. Irazusta.

JUSTICIA

Propietarios

D. Luis Jiménez de Asúa.
 Angel Galarza.
 Luis G. Cubertoret.
 Juan S. Vidarte.
 Mariano M. Mateo.
 Miguel Villalta.
 Enrique Cerezo.
 Luis F. Clérigo.
 Pedro Vargas.
 Félix Templado.
 Manuel P. Jofre.
 Aurelio L. Malo.
 Emilio B. Medina.
 Francisco L. de Goicoechea.
 Rafael Pina.
 Maximiliano M. Moreno.
 Francisco de P. Jené.
 Eduardo Ragassol.
 Antonio Pretel.
 Julio Jáuregui.

Suplentes

D. Juan Sapiña.
 Emiliano Díaz Castro.
 Marino Sáiz.
 José Aliseda.
 Amancio Muñoz de Zafra.
 Jerónimo Bugada.
 José Prat.
 Emilio G. López.
 Mariano Tejero.
 Ramón S. Picallo.
 Francisco Ballvé.
 José Maldonado.
 Juan María Aguilar.

Jaime Ayguadé.
 Pedro Corominas.
 Juan A. Trabal.
 Juan A. Irazusta.

DEFENSA NACIONAL

| Propietarios | Suplentes |
|--|---|
| D. Antonio F. Bolaños. Luis Araquistáin. Indalecio Prieto. Bruno Alonso. Pedro Longueira. Francisco Menoyo. Julio A. del Vayo. Manuel Muñoz Martínez. Amós Salvador. Julio Just. Faustino Ballvé. Pedro Fernández Hernández. Ramón Suárez Picallo. Elfidio Alonso. Maximiliano Martínez Moreno. Juan Manuel Sánchez Caballero. Miguel Santaló. Eduardo Ragassol. José Antonio Uribes. José María Lasarte. | D. Luis Lavín. D. ^a Matilde de la Torre. D. Edmundo Lorenzo. Crescenciano Bilbao. Julián Borderas. Eduardo Castillo. Amós Ruiz Lecina. Mariano Joven. Vicente Sol. Federico Martínez Miñana. Leandro Pérez Urriá. Miguel Pérez Martínez. José Díaz Fernández. Domingo Palet. Claudio Ametlla. Pedro Aznar. Rafael Picavea. |

HACIENDA Y ECONOMIA

| Propietarios | Suplentes |
|--|--|
| D. Juan Negrín. Jerónimo Bugeda. Eduardo Blanco. Crescenciano Bilbao. Miguel de Amilibia. D. ^a Matilde de la Torre. D. Ramón González Peña. Honorato de Castro. Darío Marcos Cano. Manuel Alvarez Ugena. Esteban Mirasol. Elpidio Villaverde. Ramón Suárez Picallo. José Tomás Rubio Chávarri. Fernando Valera. Federico Alva. Juan Sentís Nogués. Marino Rubió y Tuduri. Francisco Félix Montil. Manuel Robles. | D. Inocencio Burgos. Manuel Castro Molina. Pascual Tomás. Ricardo Zabalza. Francisco de Toro. Anastasio de Gracia. Luis Lavín. Isidoro Vergara. Pedro Vargas. Ramón Viguri. Federico Casamayor. Manuel Ruiz Rebollo. Luis Laredo. Luis Nicoláu D'Olwer. Claudio Ametlla. Juan Comas. Rafael Picavea. |

GOBERNACION

| Propietarios | Suplentes |
|--|--|
| D. Carlos Rubiera. Enrique de Francisco. Miguel Villalta. Juan Simeón Vidarte. Angel Galarza. Wenceslao Carrillo. Ramón Lamonedá. Vicente Sol. Emilio Palomo. Manuel Muñoz Martínez. Jesús de Miguel. Esteban Mirasol. Félix Fernández Vega. Manuel Torres Campaña. Benito Artigas Arpón. Francisco Gómez Hidalgo. Jaime Aguadé. Vicente Marco Miranda. Antonio Pretel. Julio Jáuregui. | D. Ricardo Zabalza. Alejandro Peris. Ramón González Peña. Inocencio Burgos. Gabriel Pradal. Marino Saiz. José Sosa Hormigo. Emilio González López. Bibiano F. Osorio Tafall. Mariano Joven. Miguel Muñoz González. Enrique Navarro. Alfonso Ruiz Blázquez. José Tomás y Piera. Pedro Ferrer Batlle. José Antonio Uribes. José María Lasarte. |

INSTRUCCION PUBLICA

| Propietarios | Suplentes |
|--|--|
| D. Rodolfo Llopis. Vicente Sarmiento. Fernando de los Ríos. Amós Ruiz Lecina. Eduardo Castillo. Juan Sapiña. D. ^a Julia Alvarez. D. Emilio Baeza Medina. Juan Peset. José María Aguilar. Manuel Martínez Risco. Luis Velasco Damas. José Maldonado. José Mascort Ribot. José Briansó. José A. Uribes. José María Lasarte. | D. Aurelio Almagro. Antonio Pasagali. Salvador García Muñoz. Manuel Martínez Pedroso. Bruno Alonso. D. ^a Matilde de la Torre. D. Benigno Ferrer. José Díaz Fernández. Moisés Barrio Duque. Alfonso Rodríguez Castelao. Honorato de Castro. Eliseo Gómez Serrano. Leandro Pérez Urría. Miguel Santaló. Bernardino Valle Gracia. Pedro Aznar. Julio Jáuregui. |

TRABAJO Y ASISTENCIA SOCIAL

| Propietarios | Suplentes |
|--|---|
| D. Wenceslao Carrillo. Pascual Tomás. Belarmino Tomás. Manuel Castro Molina. Aurelio Almagro. Ramón Lamonedá. Anastasio de Gracia. Darío Marcos Cano. Bibiano F. Osorio. Juan Peset. Eliseo Gómez Serrano. Miguel Pérez Martínez. Pedro Fernández Hernández. Juan Antonio Méndez. Francisco López de Goicoechea. Maximiliano Martínez Moreno. Pedro Ferrer y Batlle. José Briansó. Antonio Mije. Manuel Robles. | D. Carlos Rubiera. Crescenciano Bilbao. Salvador García Muñoz. Luis Romero Solano. Inocencio Burgos. Manuel Molina Conejero. Nicolás Jiménez Molina. Vicente Sol. Luis Laredo. Luis Velasco Damas. Ramón Suárez Picallo. Alfonso Ruiz Blázquez. Ramón Ruiz Rebollo. Domingo Palet. Ramón Nogués. Miguel Valdés. José María Lasarte. |

COMUNICACIONES, TRANSPORTES Y OBRAS PUBLICAS

| Propietarios | Suplentes |
|--|--|
| D. Indalecio Prieto. Gabriel Pradal. Melchor Guerrero. Bruno Alonso. Alejandro Peris. José Junco Toral. Luis Romero Solano. Antonio Velao. Vicente Sol. Darío Marcos Cano. Eliseo Gómez Serrano. Moisés Barrio Duque. Leandro Pérez Urría. Ricardo Gasset. Elfidio Alonso. Benito Artigas Arpón. Domingo Palet. José Mascort. Juan Comas. José María Lasarte. | D. Crescenciano Bilbao. Edmundo Lorenzo. Ginés Ganga. Antonio Fernández Bolaños. Alberto Fernández Ballesteros. Francisco Menoyo. Ramón Lamonedá. Ramón Ruiz Rebollo. Albino Lasso Conde. Manuel Álvarez Ugena. Luis Velasco Damas. Honorato de Castro. Manuel Martínez Risco. Juan Bañeres Cateura. José Puig Pujadas. Pedro Martínez Cartón. Rafael Picavea. |

AGRICULTURA

Propietarios

D. Antonio López Quero.
Ricardo Zabalza.
Pedro García.
Juan Campos Villagrán.
Julián Borderas.
José Sosa.
Emiliano Díaz Castro.
Manuel Álvarez Ugena.
Juan María Aguilar.
Félix Templado.
Enrique Navarro.
Federico Casamayor.
Manuel Muñoz Martínez.
Fulgencio Díez Pastor.
Faustino Valentín.
Fernando Valera.
Fernando Zulueta.
Ramón Nogués.
Antonio Mije.
José María Lasarte.

Suplentes

D. Amancio Muñoz de Zafra.
D.^a Julia Álvarez.
D. Eduardo Blanco.
Manuel Castro Molina.
Pedro Longueira.
Luis Romero Solano.
José Prat.
Moisés Barrio Duque.
Darío Marcos Cano.
Alfonso Ruiz Blázquez.
Ramón Suárez Picallo.
Félix Fernández Vega.
Angel Menéndez.

Domingo Palet.
Juan Sentís.
Florencio Sosa.
Manuel Robles.

El Sr. **PRESIDENTE**: ¿Ratifican los señores Diputados las designaciones hechas por los distintos grupos parlamentarios para constituir las Comisiones cuya relación acaba de leerse? (**Asentimiento.**) Quedan ratificadas.”

Se leyó el siguiente dictamen de la Comisión de gobierno interior:

“A las Cortes:

La Comisión de gobierno interior, visto el oficio del presidente del Consejo municipal de Valencia, en solicitud de que la Cámara satisfaga el importe de las obras de reparación de los daños ocasionados en el edificio del Ayuntamiento de esta capital por el bombardeo de que fué objeto, ha acordado, después de oír el parecer de las distintas minorías, proponer al Congreso que se sirva autorizar a la Comisión para, previo acuerdo con el Gobierno, contribuir, por ahora, al pago de las obras de reparación provisionales, y en su día, al de las definitivas.

Valencia, 30 de Junio de 1937.—El Presidente, Diego Martínez Barrio.—El Secretario, R. Llopis.”

Abierta discusión sobre el mismo, quedó aprobado sin debate, anunciándose que volvería a la Cámara para su aprobación definitiva.

A continuación se dió lectura al siguiente dictamen de la Comisión del Tribunal de Cuentas: “Al Congreso: El Excmo. Sr. Presidente del Tribunal de Cuentas, en oficio de 4 del corriente, ha comunicado la imposibilidad en que se encuentra el Pleno de aquel alto Cuerpo de formular, en cumplimiento del art. 6.º de la ley Orgá-

nica de 29 de Junio de 1934, la oportuna propuesta para cubrir la vacante de secretario general, producida por jubilación de D. Alejandro Benito y Curto, ya que, a tenor del referido artículo, “la vacante de secretario general será provista, a propuesta del Pleno, entre los contadores decanos que cuenten más de tres años en dicha categoría y posean el título de abogado o profesor mercantil” y, según manifiesta el señor presidente, en el momento presente no existe ningún funcionario en la categoría de contador decano.

De atenderse estrictamente al texto legal es, por consiguiente, imposible proveer en propiedad un cargo que es fundamental para el buen funcionamiento del Tribunal. Por ello, la Comisión solicita de las Cortes (dado que no parece conveniente modificar de modo definitivo el precepto legal por las exigencias de una situación extraordinaria) autorización para, sin que sirva de precedente, proveer la vacante de secretario general del Tribunal de Cuentas en la forma más análoga posible, en cuanto a garantía de imparcialidad y competencia, a la establecida en el artículo 6.º de la ley y mediante un concurso de méritos entre los funcionarios del Tribunal.

Valencia, 29 de Septiembre de 1937.—El Presidente, Diego Martínez Barrio.—El Secretario accidental, J. Prat.”

Abierta discusión quedó aprobado sin debate, anunciándose que volvería a la Cámara para su aprobación definitiva.

Con la venia de la Presidencia subió a la tribuna el Sr. Presidente del Consejo de Ministros

y Ministro de Hacienda y Economía y leyó los siguientes proyectos de ley:

Dejando en suspenso, con efectos retroactivos, los preceptos vigentes sobre incompatibilidades de los Diputados a Cortes;

Convalidando los decretos expedidos por la Presidencia del Consejo de Ministros y demás departamentos ministeriales que en el propio proyecto se insertan;

Autorizando la presentación a las Cortes del proyecto de Presupuestos generales del Estado para el ejercicio de 1938;

El Sr. **SECRETARIO** (Trabal): Los proyectos que acaba de leer el Sr. Presidente del Consejo de Ministros pasarán a las respectivas Comisiones, para su dictamen.

El Sr. **PRESIDENTE**: Tiene la palabra el señor Presidente del Consejo de Ministros.

El Sr. **PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS** (Negrín) (Al levantarse es saludado con grandes aplausos por los señores Diputados, que se ponen en pie): Señores Diputados, en cumplimiento de un precepto constitucional, comparecemos hoy ante las Cortes. Nuestra presentación hubiera sido inmediata a la formación del Gobierno, de no haberlo impedido causa de fuerza mayor que quebrantó nuestro propósito. Ya se habían cursado citaciones convocando, por la oficina del Congreso, a algunos señores Diputados, cuando, como consecuencia del bombardeo aéreo sufrido por Valencia la noche del 23 de Mayo, se hizo preciso buscar y acondicionar un local donde pudiéramos celebrar nuestras reuniones. La gentileza del Municipio valenciano, confirmada una vez más en esta ocasión, nos ha permitido congregarnos en la histórica Lonja, donde nuestra imaginación evoca las figuras del Pelleter Vicente Doménech, y del dominico Juan Rico, quienes, frente a este edificio y en circunstancias que recuerdan las presentes, simbolizaron la voluntad de un pueblo decidido a vender cara su independencia. Coincidió la habilitación de este recinto con sucesos de orden militar o de política internacional, que decidieron al Gobierno a asumir la responsabilidad de aplazar hasta hoy, 1.º de Octubre, el acudir ante el Parlamento en demanda de su confianza. Hablo de la ofensiva italiana en el Norte, de nuestra propia ofensiva en el frente de Aragón y de la reunión del Consejo y Asamblea de la Sociedad de Naciones, hechos que absorbían la plena atención del Gobierno y exigían el desplazamiento de sus miembros hacia la zona de operaciones, en un caso; hacia el extranjero, en otro.

Señores Diputados, hace algo más de cuatro meses que se perturbó la armonía de la constelación política que sostenía el Gabinete anterior; los más hábiles, persistentes y autorizados esfuerzos no lograron agrupar bajo la presidencia de mi predecesor, el Sr. Largo Caballero, las fuerzas dislocadas que lo habían integrado. Fuí llamado entonces a formar Gobierno; agradecí y agradezco al Jefe del Estado la distinción, pero intenté recusarme con reservas y consideraciones que sería impropio e inoportuno reproducir aquí. Permitidme, como inciso, que os diga, señores

Diputados, que nunca figuró entre mis sueños ni ambiciones el ocupar cargos destacados en la política. Soy sincero al confesar que la carencia de ambición no estaba exenta de un cierto desdén por toda gestión de mando, que en la vida política normal no suele tener de ello más que el nombre; pero no aceptada mi recusación, consideré el encargo del Sr. Presidente de la República como un servicio de guerra y me apresté a cumplirle como tal.

Mi concepción del Gobierno que había de someter a la aprobación de S. E. quedó perfilada con los siguientes rasgos: primero, representación unipersonal y a ser posible de todos los partidos o entidades que formaban parte del Gabinete anterior; segundo, sustitución por los partidos u organizaciones más afines de aquellos que no quisieran o no aceptaran integrar el nuevo Gabinete; tercero, concentración en el menor número posible de departamentos rectores de la vida económica del país; cuarto, fusión de Guerra, Marina y Aviación en un solo Ministerio de Defensa Nacional; quinto, recabar de los partidos la autorización para escoger entre sus miembros a quien hubiera de desempeñar la cartera que se le destinara; sexto, reservar para el Gobierno el derecho de designar los altos cargos, libre de toda exigencia de partido, sin que se negara en este caso, como en el anterior, a oír y atender, siempre que coincidieran con los intereses del Gobierno, las aspiraciones de los distintos sectores.

El porqué de esta concepción mía de lo que había de ser un Gobierno, voy a explicarlo, o intentar explicarlo, brevemente. La experiencia de Gobiernos anteriores me evidenciaba que, al menos en período de guerra, el exceso de colaboradores, sin aportar una mayor lucidez a las decisiones, las retardaba y las merma eficacia. Las funciones inevitables y la también inevitable invasión de competencias se multiplican, como es natural, a medida que se parcelan más en distintos departamentos las tareas gubernamentales, restándoles así la celeridad y eficiencia, siempre necesarias, pero más indispensables en período de guerra. Una unidad política, difícil de lograr en un Gobierno de coalición, no gana nada con el principio de representación proporcional de los distintos partidos, proporcionalidad, por otra parte, difícil de discernir y que ofrece, si se acepta como fundamento, el primer escollo propicio a discrepancias de enojoso arreglo. En Gobiernos de coalición para lograr una línea política basta y sobra con un representante de cada tendencia que sea portavoz dentro del Gobierno y el engarce de éste con los partidos respectivos.

Estas consideraciones me llevaron a aceptar como base la representación unipersonal de los partidos, descontando, como es lógico, al propio Jefe del Gobierno. Aunque no la esperaba, tenía que contar, sin embargo, con la posible negativa de algún sector a ingresar en el Gobierno, y adopté por anticipado la norma, que comuniqué a los partidos políticos a medida que los consultaba, de transferir la representación ausente a aquel grupo u organización que estimara más afín, evi-

tando así una desproporción entre las representaciones de los partidos de tipo preponderantemente proletarios y las restantes, cosa que se hubiera podido prestar a dar al nuevo Gobierno un matiz que ni existía en mis propósitos ni convenía a los intereses del país ni a la causa común que defendemos. Una política dirigida con criterio uniforme y una unidad de la guerra hacía indispensable la concentración de los servicios económicos y la fusión de los servicios de guerra. De ahí que aspirara a reducir, concentrándolos, los Departamentos de los cuales dependía la vida económica del país y a fundir en uno solo los dos Ministerios que existían en el Gabinete anterior, dedicado el uno a Guerra y el otro a Marina y Aviación.

En fin, Sres. Diputados, la autoridad del Gobierno, que es siempre necesaria—más indispensable aún en tiempo de guerra—, sólo es absoluta cuando a quien dirige la política se le confiere plena confianza para acoplar los servicios y escoger las personas que han de ser sus colaboradores.

Con este criterio procedí a la formación del Gobierno. Reconozco desde aquí, una vez más, las facilidades y la comprensión de mis propósitos por parte de los distintos partidos políticos. Por ellos hubiera quedado formado el Gobierno en media mañana. No fué pareja mi suerte con las organizaciones sindicales. Encontré en ellas tenaz resistencia a compartir las responsabilidades del Gobierno, quizá por compromisos políticos anteriores, quizá por sentirse ligados a manifestaciones hechas públicas en el transcurso de la crisis. Lo cierto es que la negativa fué rotunda. Mi apelación a lo que estimaba deber del momento y a su sentido patriótico pudo lograr de las dos sindicales que sus organismos directivos sometieran a nueva deliberación y examen mi ofrecimiento; pero no obtuve el que se alterara el primitivo acuerdo. Mi esperanza de incorporar a una labor constructiva, dentro del Gobierno, a las organizaciones sindicales, se desvaneció ante una ratificación telefónica de su negativa por parte de la C. N. T. y una nota en igual sentido de la U. G. T.

Así se llegó a constituir el Gobierno que hoy se sienta en el banco azul.

La declaración ministerial con que el Gobierno se presentó ante el país afirmaba el decidido propósito de conservar inflexiblemente el orden en la retaguardia, por considerarlo factor esencial de la victoria, y asegurar la libertad del pueblo, abatir la rebelión y mantener la independencia de España. En pocas palabras, el propósito era ganar la guerra.

Hoy, como ayer, podríamos repetir que nuestro programa es ganar la guerra, y aún añadiré, prepararnos para ganar la paz. ¡Menguado sería el Gobierno que, dominado por la obsesión de la lucha, no fuera preparando el mañana de la paz! Las guerras se pierden muchas veces—con harta frecuencia—después de la victoria; se pierden al calor del triunfo. Y es eso lo que el Gobierno tiene la obligación de prever e impedir. Porque

nosotros, en esta lucha que nos ha sido impuesta, anhelamos la paz y luchamos por la paz, por la única paz posible: la paz después del restablecimiento de la autoridad y el derecho, la paz que garantice el régimen de la democracia republicana, la paz que asegure la espontánea decisión de nuestro pueblo sobre sus destinos políticos, la paz que reafirme la libertad e independencia de nuestra Patria. **(Grandes aplausos.)**

Y no hay nada nuevo en esto; hay una perfecta continuidad en todos los Gobiernos que se han sucedido frente a los destinos de la República desde el mes de Julio de 1936, lo mismo el Gobierno republicano que en aquellos tristes momentos se encontraba al frente del Poder, que los distintos Gobiernos de coalición que le han seguido.

Yo recuerdo aquí unas palabras pronunciadas ante el Parlamento por mi predecesor, en que, haciendo suyas otras del Presidente de la República, en términos diferentes pero con un contenido análogo, decía lo que en estos instantes acabo yo de manifestar: que nosotros anhelábamos un triunfo, que buscábamos la paz que diera a España las instituciones políticas, económicas y sociales que la mayoría del país libremente eligiera en su día.

Una paz así, señores Diputados, no es posible ni con abrazos ni con componendas ni con mediaciones. **(Muy bien.)** Nosotros no admitimos más que una sola mediación, una sola intervención, y ésa, no sólo la admitimos, la exigimos, la venimos exigiendo: la obligada de aquellos países que, con nosotros, han firmado un solemne Pacto que nos da derecho a reclamarles su apoyo contra quienes han invadido, en afán de conquista, nuestro solar nacional. Que medien e intervengan ahí, que impidan y corten esa agresión, que nosotros, España, su Gobierno, liquidará, en corto plazo, su problema interno. Porque, hay que repetirlo—no basta, por muchas veces que se repita—: lo que surgió en Julio, con la apariencia externa de una sublevación militar, se desenmascaró al poco tiempo como una franca guerra de conquista. Una combinación maquiavélica de los países totalitarios, imbuidos, como siempre, de una ambición sin freno, faltos de principios jurídicos y carentes de ética en su actuación internacional, les llevó a urdir la trama de la tragedia española. Perseguían, al afincarse en nuestro país, posiciones ventajosas que les permitieran, con máxima garantía de éxito, imponer su hegemonía a Europa primero, al mundo después. Astutamente supieron tender sus redes. Labor de años, señores Diputados, con tanta cautela, que ni los españoles nos dimos cuenta de que éramos juguetes de su maquinación diabólica, y los demás países se dejaron despistar por sus espeluznantes fantasmagorías en que nos representaban como el anticristo amenazador de los cimientos de la civilización occidental.

De no haber surgido ayudas extrañas, la República hubiera ahogado, en germen, la rebelión preparada arteramente por los rectores de ciertas clases privilegiadas, por dirigentes de institucio-

nes fundamentales del Estado, en los que el nuevo régimen, cándido e ingenuo, creyendo en promesas de honor, de adhesión y de lealtad, depositó su confianza, y por metecos que, abusando de nuestra hospitalidad, incubaban en la sombra, dirigidos desde su país de origen, nuestra ruina y la estrangulación de nuestra independencia. (Muy bien.)

Cuando no bastó la ayuda con material y con técnicos para avasallar el heroísmo de nuestro pueblo, se han enviado legiones, formaciones enteras de ejército regular; divisiones que, como sucediera en Guadalajara, terminarán, se estrellarán ante la intrepidez de nuestros combatientes.

Triunfar en esta guerra, Sres. Diputados, no es problema de salvar un régimen o una institución, ya en estos momentos; es problema de que sobreviva o no España; pero, si en la lucha por el triunfo no hay que olvidar el día de la paz, tampoco olvidemos que la guerra no se gana sólo en los campos de batalla. Sería una visión roma, enjuta, mezquina y, por ende, peligrosa el desatender el juego en los demás terrenos donde se ventila el éxito; juego que requiere la labor coordinada, sistemática, de gobierno en la política interior, en la política económica y en la política exterior.

Me vais a permitir, Sres. Diputados, que, con la máxima brevedad, os señale lo que ha servido de orientaciones, de directrices al Gobierno en su política, lo mismo de retaguardia que en la combativa de los frentes, que en la combativa del exterior. La política de orden, de seguridad interior y de garantía de los derechos del ciudadano, encomendada fundamentalmente a los Departamentos de Gobernación y Justicia, ha perseguido la restauración completa de la legalidad y de la normalidad, el restablecimiento del orden y la disciplina social donde se hubiera alterado. El levantamiento de Julio produjo, como era natural, la subversión del orden por el desquiciamiento de los instrumentos coactivos del Poder. Nada extraño es que en esas circunstancias hubiera abusos, excesos y atropellos. El Estado ha tratado de corregirlos; los ha corregido en mucho menos tiempo del que nadie esperaba y del que nadie hubiera creído. Se ha intentado, se ha logrado rescatar por el Poder público la autoridad en el ejercicio del orden, pues el Poder público no admite que nadie tome la justicia por su mano. Se han suprimido todos aquellos organismos surgidos al margen de la legalidad o de la Constitución y de las leyes fundamentales, que habían absorbido funciones propias del Estado. Se han restablecido las garantías de la seguridad personal e individual, y hoy día la cédula política de los ciudadanos sometidos a la legalidad no ocasiona diferencias, antipatías o privilegios. Se ha intentado, se ha logrado restablecer la independencia en la Administración de Justicia.

Se han hecho innovaciones en la Administración de Justicia que tienen un aire ciertamente, positivamente revolucionario: la Sala de Equidad

para resolver aquellos casos en que, ateniéndose al derecho positivo, se cometan evidentes, palmarias injusticias, que puede restablecer dicha Sala de Equidad; el Tribunal de Subsistencias, que ha permitido, permitirá, que los abusos de los acaparadores y de los que se aprovechan de la triste situación que en el orden económico crea la guerra sean rápida y eficazmente corregidos. Pero este restablecimiento de la normalidad en lo que se refiere a la justicia y en lo que se refiere a la garantía de los derechos individuales, al desaparecer un innegable terror de tipo anárquico que en el país existía, ha permitido que asome un peligro que no quiero dejar de señalar aquí, porque es preciso que al mismo tiempo indique que el Estado está dispuesto a cortar, fundamentalmente, de raíz y por los procedimientos necesarios. Esto ha servido para que muchos enemigos del régimen republicano intenten, prevaleciéndose de la nueva situación creada, volver a asomar la cabeza y crear dificultades al Estado. Para evitarlo en parte se ha creado un Tribunal de Alta Traición, Espionaje y Derrocamiento con procedimiento rápido, que intentará y logrará seguramente extirpar este peligro.

Yo no quiero, en este instante, dejar de mencionar un grave problema que, respecto al orden público, tiene planteado el Gobierno, y que no deja de estar relacionado también con la política exterior: me refiero al problema de los refugiados.

Yo sé que no necesito recomendar a los señores Diputados la máxima serenidad ni que contengan su irritación; pero como no son sólo ellos los que me oyen, sino que me escuchan también muchos de nuestros compatriotas que se hallan fuera de este recinto, yo quiero rogarles, y exigirles igualmente, la serenidad y la cautela contra los provocadores que quieran o intenten crear grave conflicto al Gobierno.

El problema que existe, de los refugiados, lo resolverá el Gobierno, y sólo él puede hacerlo, no permitiendo que nadie, por su mano, intente ponerle remedio.

De todos es conocido que, valiéndose de un llamado derecho de asilo—derecho que, por otra parte, no liga a España, puesto que no es ningún principio general de Derecho internacional, ni tampoco ha sido reconocido en ningún Convenio que nosotros hayamos firmado—, han entrado en Legaciones y Embajadas de Madrid, al comienzo, algunas docenas de atemorizados ciudadanos y otros, quizá, más que atemorizados, con hondas preocupaciones de conciencia; y que luego, al poco tiempo, han servido estas instituciones o estas representaciones para acoger a centenares, a miles, a un verdadero ejército de enemigos del Régimen.

Como los locales o edificios de las Embajadas no bastaban para dar acogida a tanto refugiado, han habilitado, otorgándose a sí mismos el derecho de extraterritorialidad, pisos, casas y hasta manzanas enteras de edificios.

Pues bien; es preciso que el Gobierno, desde aquí, diga que ni en Madrid ni en punto alguno existe ni ha existido un régimen de concesiones

y que el Gobierno no está tampoco dispuesto a reconocer un régimen especial de capitulaciones para cualquier ciudad española.

Yo no quiero—porque el terreno es muy delicado y escabroso—hacer una mención detallada de todos los abusos que al margen o al lado del llamado derecho de asilo se han cometido. Ya el máximo abuso, de por sí, lo pone de manifiesto la cifra total de los refugiados, que ha llegado a alcanzar en Madrid 20.000 personas. Un verdadero ejército dentro de nuestra retaguardia.

Deseosos los Gobiernos de complacer y de sacar de sus propios apuros a los distintos países con los cuales estamos en amistosas relaciones y han acogido refugiados en sus representaciones diplomáticas, se entró en conversaciones ya anteriormente para facilitar la evacuación de aquellas personas que, como mujeres y niños—caso de que no existiera contra aquéllas imputación alguna—, podían, sin riesgo alguno abandonar el territorio. Y se llegó en algún caso hasta permitir que saliera la totalidad de los refugiados en alguna Embajada o Legación.

Pero seguramente, ciertamente, por imposibilidad material de hacer cumplir el compromiso, el hecho es que los términos de los pactos no se han cumplido y que muchos refugiados que debían haber permanecido en el extranjero y no pasar a la zona facciosa, se encuentran hace mucho tiempo en ésta prestando relevantes servicios.

Esto ha hecho al Gobierno volver a considerar el problema y restringir las concesiones que graciosamente habían sido otorgadas.

Todo ello viene dificultando la rápida evacuación de los refugiados de Madrid.

En estas circunstancias, los representantes de España en la Delegación que fué a Ginebra, a la Sociedad de Naciones, tuvimos ocasión de entablar "pourparlers" con algunos de los delegados de países que tienen un mayor número de refugiados en Madrid.

Desde el primer momento el Gobierno dió a entender que en modo alguno permitía que se ligara el problema que circunstancialmente había surgido, de la posible reelección de España en el Consejo de la Sociedad de Naciones, con el problema de los refugiados. Sin embargo, en mi discurso pronunciado ante la Asamblea yo no tuve inconveniente en decir, de una manera espontánea, lo siguiente:

"Al lado de las quejas que formula, en relación al trato internacional que ha recibido, el Gobierno de la República desea expresar aquí su profunda y sincera gratitud a todos los Gobiernos y particulares que en una u otra forma han contribuido a disminuir los sufrimientos a que ha sido sometido el pueblo español por la agresión extranjera. En el deseo de contribuir por su parte a la humanización de la guerra, el Gobierno de la República, que no estaba obligado por convención alguna internacional a tener en cuenta el derecho de asilo, lo ha respetado en la práctica y, particularmente sensible a los lazos de solidaridad que le unen a las Repúblicas americanas, reitera aquí, a más de las facilidades ya dadas, su intención de liquidar rápidamente y de

una manera satisfactoria para todos el problema de los asilados de las Embajadas."

Debido interpretarse esta manifestación espontánea como un deseo de compensar las condiciones en que se otorgara esta concesión con la posible concesión del voto para reelegir a España en el Consejo de la Sociedad de Naciones y se entró en discusión por parte de un representante nuestro con un representante jurídico de la Delegación del país que había asumido la representación de la mayor parte de los países suramericanos; y en virtud de ello se pretendió que por nosotros se dirigiera al presidente de esta Delegación la carta de que voy a dar lectura. Me considero con absoluta libertad de leer estos documentos ante los Sres. Diputados, primero porque ante la Cámara yo no tendría derecho a renusar el ponerlos en su conocimiento, si me lo pidieran, y segundo, porque quebrando lo que es táctica normal en esta clase de relaciones, el jefe de la Delegación dió a conocer a la Prensa de Ginebra dos cartas, una mía y la última suya. La carta que se pretendía que nosotros dirigiéramos al jefe de esa Delegación era la siguiente:

"Señor Presidente: Me es muy grato acusar recibo de la comunicación de V. E. de fecha de hoy, en la cual V. E. ha tenido a bien puntualizar la declaración que se sirviera hacer desde la tribuna de la Asamblea en su sesión de ayer, con respecto a la nueva política que el Gobierno español se propone seguir para dar solución satisfactoria al problema de la evacuación de los asilados que se encuentran actualmente en los locales de las Misiones diplomáticas de Bolivia, Chile, Cuba y Perú, en Madrid.

De conformidad con los términos de la nota de V. E. que contesto, el Gobierno de V. E. conviene en los siguientes puntos:

1.º El Gobierno español consiente en que sean evacuadas la totalidad de las personas que han encontrado un asilo en dichas Misiones diplomáticas, sin distinción de edad, sexo, profesión o condición.

2.º Esta evacuación se llevará a cabo en el plazo máximo de dos meses, a contar de la fecha de la presente comunicación.

3.º A fin de facilitar la operación de evacuación, el Gobierno español se compromete a dar las máximas facilidades con el objeto que ella no sufra interrupciones. A este efecto, el Gobierno español procederá a la aprobación inmediata de las listas que dichas Misiones diplomáticas han hecho llegar ya al Ministerio de Estado, y hará dar, desde luego, la orden de salida de Madrid y de Valencia, por intermedio de las autoridades competentes. El Gobierno español tomará las medidas que sean necesarias para facilitar el transporte por tierra de Madrid a Valencia y el embarque posterior de dichos asilados, facilitando todos los trámites administrativos que exijan las leyes actualmente en vigencia.

4.º El Gobierno español devolverá a la Legación del Perú todas las personas que habían encontrado un asilo en los locales de esa Misión y que fueron obligadas a evacuar por reciente disposición administrativa. Quedarán exceptuadas

aquellas personas contra las cuales exista un proceso por delitos de derecho común debidamente instaurado ante los Tribunales legítimos de la República española con anterioridad a la fecha en que esa evacuación se llevó a cabo. Los asilados de la Legación del Perú a quienes se acuse de delitos de derecho común perpetrados con posterioridad a dicha fecha serán procesados con el previo consentimiento del representante diplomático peruano (**Rumores.**), al cual se darán todas las facilidades que acuerden las leyes españolas en similares casos, a fin de asegurar la defensa de esa persona ante los aludidos Tribunales.

5.º El Gobierno español consiente, como medida previsora y tendente a facilitar las condiciones de vida y seguridad del personal de las Misiones diplomáticas antes indicadas y de sus asilados, el traslado de dicho personal y de sus asilados a Valencia, a los locales que tales Misiones escojan de común acuerdo con las autoridades españolas, los cuales lugares quedarán, junto con los asilados que alberguen, bajo la protección de los pabellones de esas Misiones y gozarán de todas las garantías que el uso y las prácticas diplomáticas acuerdan a las Sedes de las Misiones diplomáticas.

6.º Los Gobiernos de Bolivia, de Chile, de Cuba y del Perú se comprometen a tomar las medidas que están a su alcance para evitar que los asilados, una vez evacuados del territorio español, vayan a engrosar las filas de los rebeldes o se dediquen a hacer propaganda contraria al Gobierno legítimo de España."

Desgraciadamente, los Gobiernos que han obtenido estas facilidades y han firmado cláusulas análogas se han visto en la imposibilidad de hacerlas cumplir.

7.º El presente acuerdo reemplazará y anulará los acuerdos concluidos anteriormente por los Gobiernos de Bolivia, de Chile, de Cuba y del Perú con el Gobierno español, respecto a los asilados, y será, además, inscrito en la Sociedad de las Naciones, de conformidad con las disposiciones del art. 18 del Pacto, por solicitud conjunta que formularán al secretario general de la Sociedad los Gobiernos de España, Bolivia, Chile, Cuba y El Perú.

8.º Los Gobiernos de España, Bolivia, Chile, Cuba y Perú deciden dar a la publicidad estos acuerdos en una fecha que se determinará de común acuerdo entre ellos y con el secretario general de la Sociedad de las Naciones, etc."

La respuesta nuestra fué la siguiente:

"Mi querido señor embajador y amigo: Acabo de tener conocimiento del curso de las negociaciones llevadas a cabo por su representante señor Gajardo y el asesor jurídico de nuestra Delegación Sr. Quero.

Cómo consecuencia de ellas, tengo el gusto de poner en conocimiento de usted lo siguiente:

1.º Que ratifico mi declaración espontánea hecha el sábado 18 ante la Asamblea de la Sociedad de Naciones, y en su consecuencia el Gobierno que presido dará, para la evacuación de los refugiados, cuantas facilidades sean compatibles

con los intereses del Estado y nuestra propia legislación, interpretando ambos extremos del modo más laxo y generoso en atención a los deseos de las representaciones diplomáticas interesadas.

2.º Que esta concesión obedece simplemente al deseo de dar facilidades a dichas representaciones para ayudarlas a resolver el delicado problema de los asilados y en atención a los lazos fraternales que con ellas nos unen.

3.º Que ha sido propósito del Gobierno español, en ningún momento, el ligar o condicionar sus concesiones en esta materia a que se otorgue o no el voto a España para su reelección en el Consejo de la Sociedad de Naciones, por ser aquélla un problema de gobierno y considerar lo segundo como una cuestión de categoría nacional.

Interesado en grado sumo en que sobre este particular no pueda subsistir equivoco alguno, me permito, a pesar de lo intempestivo de la hora (Las dos de la madrugada del día en que se hacía la votación.) hacer llegar a sus manos mi carta en esta misma noche. Etcétera."

Debía yo esta explicación al Parlamento sobre el asunto referente a los asilados; pero debo, al mismo tiempo, participarle cuál es una parte de los propósitos del Gobierno para la evacuación de aquéllos. En primer lugar, yo hago en este instante la declaración formal de que el Gobierno se compromete a garantizar la seguridad personal de todos aquellos refugiados que no estén en ningún conflicto con las leyes. En segundo término, el Gobierno se compromete a considerar como procedentes de una extradición (lo cual, según normas actuales de Derecho, impide la aplicación de la última pena) a aquellos que, en conflicto con nuestros Tribunales y con nuestra legislación, espontáneamente se presentan ante los Tribunales. Las restantes medidas, de tipo gubernativo unas, de revisión de concesiones gratuitas otras, son y serán motivo de conversaciones, sobre las cuales no es posible anticipar nada a la Cámara.

Uno de los puntos más importantes de la política interior y de fundamental interés para la guerra, es el referente a la política económica. La preocupación del que hoy es Ministro de Hacienda cuando por primera vez, hace algo más de un año, llegó a esta Cartera, fué evitar que pudiera nunca perderse la guerra por el malestar económico o por circunstancias de orden económico o financiero; y a pesar de las dificultades considerables con que se ha tropezado, a pesar de que la situación financiera y económica del país en Julio de 1936 no era muy brillante, habremos podido pasar el mal trance, y yo puedo asegurar a los señores Diputados que por fallo de la economía, si la economía sigue rígidamente dirigida y administrada, la guerra no se podrá perder.

Voy a prescindir de enumerar a los señores Diputados la serie de medidas que desde los Ministerios de Hacienda, Economía y Agricultura se han tomado o se proyecta tomar en defensa de nuestra economía, conducentes todas ellas a establecer un control rígido y severo por parte del Estado, a suprimir y cortar la iniciativa o la

actuación individual y dejando la modificación profunda de la estructura económica que pudiera producirse en su día a la libre decisión del país cuando éste pueda manifestarse. Evidentemente, los cambios profundos que en España ha engendrado el movimiento rebeide han de conducir, a un mejor reparto y distribución de la riqueza patria y a un mejor aprovechamiento de ella por todos los españoles, principalmente por aquellos que estaban en condiciones inferiores.

Preocupación del Gobierno ha sido también el hacer llegar la cultura a todas las capas del pueblo: que no pudiera darse el caso de que por carencia de medios económicos no tuvieran acceso a los Centros más elevados de cultura personas dotadas de capacidad, y esto no sólo por principios de justicia y de equidad social, sino por principios de alto interés nacional. Al país le conviene utilizar y aprovechar sus mejores inteligencias donde existan y donde se conozcan.

Poco he de decir también por lo que respecta al Ministerio de Defensa Nacional. Se ha continuado la reorganización del Ejército hasta lograr tener un Ejército eficiente y capaz. Se ha encauzado la actuación de las Comisarias políticas, que persiguen el hacer llegar hasta el soldado de primera fila el aliento que en una dura lucha política como la que tenemos es preciso que reciba a cada instante. Hemos tenido bastantes infortunios producidos, provocados por una evidente y notoria inferioridad, en muchos casos, ante nuestros enemigos: la pérdida de Bilbao, la lamentable pérdida de Santander, que no ha podido resistir la ofensiva de las divisiones italianas, y ahora la lucha verdaderamente heroica de Asturias, resistencia para la que no encontramos términos ni palabras bastantes de ponderación y respecto a la cual estoy seguro que, en este instante, todos los Sres. Diputados que me escuchan dedican con su admiración el más devoto recuerdo a aquel pueblo.

Pero el Ministerio de Defensa no se ha limitado exclusivamente a proceder a la reorganización y constitución de un Ejército, sino que ha actuado también en forma activa, y así hemos tenido las ofensivas de Segovia, primero, Madrid después, y, finalmente, la del frente de Aragón; las tres con más o menos éxito o fortuna, pero todas con eficacia. La de Madrid logró el objetivo principal que perseguía, porque el propósito de la operación de Madrid era impedir que Santander cayera, y, efectivamente, Santander, gracias a la ofensiva de Madrid, no cayó entonces en manos de nuestros enemigos.

El Ejército nuestro, el Ejército español, no ha llegado al máximo desarrollo de su potencialidad. La organización de un Ejército no es tarea fácil; sobre todo, no se pueden improvisar con rapidez los cuadros de mando. Y, dadas las enormes dificultades con que hemos tropezado gracias a la "no intervención", tampoco es fácil, en las condiciones que una guerra de hoy exige, pertrechar un Ejército tan numeroso como el nuestro. Sin embargo, nosotros estamos seguros y confiados en que, a la par que la tónica del Ejército se sos-

tendrá, su organización y su eficiencia irá mejorando con el tiempo y que rápidamente, con relativa rapidez—porque, Sres. Diputados, la guerra ha de ser muy larga, es preciso que el país lo sepa, la guerra ha de ser muy larga—, dentro de meses nosotros podremos contar con un Ejército de una potencialidad y de un vigor tales que nos permita pasar del sistema de resistencia defensiva al sistema de ataque.

Finalmente voy a decir dos palabras sobre política exterior. En política exterior, salvo aquellos países que nos han negado su reconocimiento y que han reconocido al enemigo, con todos cultivamos buenas relaciones; pero hay dos países a los cuales nos liga una singular amistad: un país hispanoamericano, Méjico, y otro país, la Unión Soviética, a los cuales la España republicana—es decir, España—nunca pagará su deuda de gratitud, porque—y esto es preciso hacerlo presente aquí—los servicios que la Unión Soviética ha prestado a España han sido siempre servicios sin contrapartida, consejos sin exigencias, siempre de la manera más noble y de la manera más desinteresada. Mas para comprender la política internacional, Sres. Diputados, no basta simplemente enumerar cuáles son los países simpatizantes, cuáles son los países amigos y cuáles son los países adversos.

La política exterior es necesario abordarla de una de estas dos maneras: o tratando de comprender para ser atendidos, o haciéndose comprender para convencer. Claro que los argumentos para la convicción y para hacerse comprender no son los argumentos de la dialéctica corriente, y como estos argumentos le faltan a la España de hoy, nosotros tenemos que ponernos en el primer plan, en el plan de comprender para ser atendidos o, por lo menos, ser oídos.

La República española no ha gozado de la simpatía de la mayor parte de los países que la vieron nacer. Un día de abril, las Cancillerías europeas—que dormían buena mañana—se despertaron con la sorpresa de que en España se había instaurado un nuevo régimen; sorpresa enojosa, que produjo una mezcla de encanto, desencanto y curiosidad. Los intentos de subversión que periódicamente aparecieron en España fueron acogidos por muchos países con una mayor simpatía, y a partir del año 33, sobre todo desde el 34, hubo dos países, Italia y Alemania, que ya empezaron a intervenir de una manera directa, franca, manifiesta en la política española. Los intereses de estos países son contrapuestos a los intereses internacionales de un grupo de países europeos, pero para comprender la actitud de estos países es preciso que recordemos la cadena de episodios en que su proceder ha sido bastante análogo y similar al observado en el caso de España. No hago más que mentar el Rhur, el Rhin, el Sarre; recuerdo a Corfú, Abisinia y el caso de Manchukuo en China.

¿Es que estos países no saben que para ellos y para sus intereses representaría grave riesgo y gran peligro el afincamiento de alemanes e italianos en España? Claro que sí lo saben. ¿Es que

se puede salvar, o se debe de salvar la paz del mundo a toda costa, aunque sea sacrificando la propia dignidad? Los países europeos, o muchos países europeos, esperan que un refuerzo preventivo de los armamentos podrá evitar en lo futuro una guerra. ¡Grave error, a mi juicio, Sres. Diputados! La evitarán seguramente, tienen razón; pero tienen razón porque nosotros nos defendemos y triunfaremos. Si nosotros fuéramos arrollados y atropellados, un nuevo frente occidental, con dos o tres millones de soldados, de ilotas si se quiere, pero que tendrían que sentir el rencor de qu'en sabe que debe su esclavitud al abandono injustificado de los otros, sería un grave riesgo para los países occidentales. (Muy bien.—Aplausos.)

Un país como España, que tiene unas posibilidades económicas infinitas casi, diría yo, porque es el único país de Europa que resistiría un régimen de autarquía económica, el único país que podría bastarse a sí mismo, el único país en donde la necesidad de desarrollar una industria no crea un grave conflicto o una grave situación de tipo económico, y donde se dan prácticamente casi todas las materias primas necesarias para el desarrollo de una industria que pueda cubrir sus necesidades nacionales, este país, con esa riqueza, con esa potencialidad de gente armada, con unas bases navales y aéreas situadas estratégicamente de una manera envidiable, sería un grave peligro para la Europa occidental si no fuéramos nosotros los que vamos a salvar a esta Europa occidental.

Yo tengo la seguridad, señores Diputados, de que vamos a salvar al Mundo. Aunque en mejores términos, es natural, pues soy hombre de poca palabra, ya lo ha dicho mi predecesor, y en una ocasión solemne lo ha dicho el señor Presidente de la República: Nosotros vamos a salvar al Mundo; porque, señores Diputados, no hay que entregarse y dejarse arrastrar de la realidad por un optimismo empedernido; pero tampoco, señores Diputados, hay que dejarse abatir por el pesimismo. Ni el pesimismo ni el optimismo son estados emotivos que deban de jugar en la vida del político; pero sí hay que tener fe. Ni hay Arte, ni hay Ciencia, ni hay Historia, ni hay política si no hay fe; ni Colón hubiera encontrado América si no hubiera tenido fe. La fe crea y anima. La incapacidad de crear desencanta, desalienta y desanima. Por eso es obligación moral del político, del hombre de Estado, tener fe. Yo bien sé que la fe y el amor no se crean ni se improvisan; pero la fe y el amor se cultivan, y la fe en nuestro triunfo y la fe en nuestro país, ésa es la que hay que infiltrar en todos los españoles, en los que combaten y en los que trabajan en la retaguardia. (Aplausos.)

Yo, señores Diputados, tengo fe en el triunfo porque tengo fe en España, tengo fe en mi raza, no en esa raza que se busca escudriñando los árboles genealógicos, en esa raza que se quiere caracterizar por rasgos fisonómicos o índices antropométricos.

Eso no es la raza; la raza es un concepto

psicológico, es un concepto que surge de la convivencia de los pueblos animados por un mismo fervor y por un mismo ideal y de los que el alma nacional es un exponente, aunque tengan distinto color y distinto pelo. Somos los españoles, con tanta habla, tanta modalidad y tantos pareceres, un pueblo de tal abolengo que no se puede dejar desviar por esas petulancias pseudocientíficas que ni siquiera son de última hora. No; ni las excentricidades, ni las pedanterías, ni siquiera las de estos sabios alquilonos que buscan siempre justificación a cualquier esquema idealógico que se les presenta y se da como bueno, pueden bastar para que en el pueblo español y en la raza española traten de arraigar ese espíritu demoledor, descoyuntador de un país y de una nacionalidad, que quiere definir las razas por medidas, por tamaños y por el predominio de grupos. Como yo tengo fe en mi pueblo y en los destinos de la raza, como estoy convencido de que este bautismo de sangre nos ha de despertar y redimir del letargo en que hemos vivido en estos dos siglos, por eso tengo fe en el triunfo y quiero que esta fe y esta confianza la infiltreís, en particular aquellos que saben hacerlo porque la Naturaleza los ha dotado de mejores medios que yo, a todos los españoles, porque nosotros hemos de luchar por una España grande, por una España que sea sólo para españoles y para todos los españoles. (Grandes aplausos.)

El Sr. PRESIDENTE: Se abre debate sobre la declaración ministerial. El Sr. González Peña tiene la palabra.

El Sr. GONZÁLEZ PEÑA: La minoría socialista, representada por el más modesto de sus Diputados, se levanta hoy aquí, como lo ha hecho en otras ocasiones, a declarar que su principal preocupación es ganar la guerra y que para lograrlo no encuentra otro medio que apoyar incondicionalmente al Gobierno, de la misma manera que ha apoyado a todos los Gobiernos que se formaron, no sólo durante la guerra civil, sino desde que el Frente Popular se hizo cargo del Poder. Ni siquiera en estos momentos en que ocupa la Presidencia del Gobierno persona para nosotros tan entrañable como el amigo Negrín, que en su fecunda labor supo y sabe hacer compatibles los trabajos de la cátedra con la defensa ferviente de la clase trabajadora, va a apoyar la minoría socialista con más calor a este Gobierno que lo ha hecho a los anteriores.

La formación de este Gobierno, tanto por su composición política como por el valor de las personas que lo integran, nos hizo concebir una esperanza, pero al transcurrir los cuatro meses de su actuación no tenemos inconveniente en declarar que esta esperanza se ha convertido en halagadora realidad. Supo el Gobierno resolver con precisión y acierto los arduos y complejismos problemas que se le han presentado en el arte de gobernar, arte difícil, sobre todo en estos momentos dramáticos y gravísimos por que atraviesa nuestro país.

El partido socialista, al iniciarse la guerra ci-

vil, acudió presuroso, como todos los antifascistas españoles, cual se acude a sofocar un incendio, a los puestos de peligro, y hemos logrado con nuestro coraje, con nuestro entusiasmo, ya que no disponíamos de medios bélicos, sofocar la rebelión en la mayoría de nuestro territorio; pero a los pocos días, no más allá de la semana, pudimos darnos cuenta de que la guerra civil estaba rebasada en España para convertirse en una guerra de invasión. Desde aquel momento vimos claro que, por grandes que fuesen el frenesi, el coraje y el heroísmo del pueblo español, sin par en la Historia, no eran suficientes para vencer a un enemigo que sabíamos que había de tener abundante y moderno material de guerra, buenos técnicos y, como más tarde hemos visto, incluso unidades regulares de Ejército que habían de invadir nuestro suelo. Y entonces el partido socialista, como lo hicieron los demás partidos, apoyó con todo entusiasmo la idea de organizar nuestro Ejército regular, porque sabíamos que el entusiasmo, que el coraje, donde hay deficiencias, son insuficientes para lograr el triunfo, y que era necesario dotar a nuestro Ejército de disciplina, de armamento, de equipos; en una palabra, hacerlo eficiente para que pudiese contrarrestar los embates del enemigo, porque no podíamos fiar el resultado de las batallas sólo al entusiasmo de nuestras Milicias. Por ello, una persona muy destacada de nuestro partido, en discurso memorable pronunciado por radio, dijo a la España leal que se preparase para una guerra larga y dura, y atemperándonos a esta declaración, como manifestábamos antes, hemos trabajado todo lo posible por la creación del Ejército regular, y hoy queremos destacar que incluso la crítica más exigente, al examinar la labor realizada organizando nuestro Ejército regular, tendría que reconocer que en menos tiempo no se puede hacer más. Hoy nuestro Ejército se puede permitir emprender la iniciativa en la mayoría de los frentes, y aunque los eternos descontentos, afortunadamente pocos y en la generalidad de los casos, los que menos trabajan por la guerra, puedan poner lunares a esta labor, los que, si no por tecnicismo, al menos por experiencia, sabemos las amarguras de las trincheras y lo difícil que es mover las unidades y hacer el uso adecuado del material de guerra, tenemos que declarar, sin rubor y sin que la nación nos ciegue en aras de una antigua y vieja amistad, cada día más acendrada, que la labor desarrollada en este Ejército es tan ingente que, no sólo lo tenemos que reconocer nosotros, sino que diariamente lo está acusando el enemigo.

Nuestro Ejército se mueve cada día con más actividad, tiene cada día más disciplina y más eficiencia. Nuestra Aviación heroica, gloriosa, con menos elementos que la enemiga, pero con más coraje y pericia, vence todos los días a la aviación facciosa. Nuestro Ejército de tierra, unas veces tomando la iniciativa y otras en defensas heroicas, como sucedió en Madrid y actualmente está ocurriendo en Asturias, demuestra de una manera fehaciente y palmaria cómo está trabajando

y sus progresos evidentes en materia de guerra.

Nosotros felicitamos al Gobierno por esta labor; pero a pesar de esto, de que tanto el Ejército del aire como el de tierra, como nuestra no menos gloriosa Marina de guerra, al cumplimentar con coraje y precisión cuantas órdenes le da el Alto Mando, han ganado y progresado mucho, tenemos que declarar que esto no es suficiente. En todo hecho violento, en toda guerra, cuando no se triunfa en los primeros días o semanas, ya las acciones guerreras no son decisivas; ya entra en juego, en un gran grado, la organización económica del país. Por ello no es suficiente tener un buen Ejército—lo decía el Sr. Presidente del Consejo—, sino que es necesario también tener organizada una buena economía, y así, alguien más autorizado que nosotros ha declarado que las guerras no las ganan siempre los que conquisten más terreno, ni los que tengan más fusiles, sino que suelen ganarlas aquellos que tengan la economía mejor organizada y dispongan de las últimas hogazas. De ahí que el Gobierno, éste y los anteriores, haya tenido que preocuparse de organizar la retaguardia.

Yo declaro que en los primeros momentos fué inevitable que muchos empleasen procedimientos y métodos que creyeron más en consonancia con su ideal, y reconozco, asimismo, que era muy difícil, casi imposible, en los primeros momentos de la guerra, evitar estos desgraciados ensayos, porque la ofuscación y tenacidad empleadas por los que los realizaban impedían que el Gobierno pudiera incorporarlos al acervo común, del que nunca debieron desglosarse; pero hoy tenemos que declarar que gracias a la enérgica actitud del Gobierno, desde luego apoyada, cada día en mayor grado, por la asistencia pública; gracias a esta asistencia pública apoyando al Gobierno, se ha logrado que éste pueda llevar a la práctica lo que anunciaba el Sr. Negrín en sus declaraciones, y es que la iniciativa individual haya de supeditarse al interés colectivo, al interés común, en los momentos dramáticos en que vivimos. Y en esto reconozco que hay progresos evidentes, si bien hay que acentuarlos. Nosotros declaramos hoy, con gran satisfacción, que, tanto en nuestra industria como en nuestra agricultura, tanto nuestros obreros de las urbes como los obreros del campo, cada día se van dando más cuenta de la responsabilidad del momento, cada día trabajan con más esmero y con menos interrupciones, porque saben que de esta manera premian, con hechos, la improba labor, los improbos sacrificios que nuestro glorioso Ejército está realizando en los frentes. Es natural que así sea. No somos españoles de diferentes castas. Y, cuando hablamos de la guerra y cuando hablamos de obtener la victoria, es necesario que se diga, y la representación socialista lo declara solemnemente en el Parlamento, que, si al militar se le exige una disciplina y se le exige que un día y otro derrame su sangre en los campos de batalla, es necesario también que digamos a la retaguardia que tiene que cumplir con su deber y que tiene que premiar,

laborando sin cesar, estos sacrificios de la vanguardia. **(Aplausos.)**

Decía antes que se iban realizando importantes progresos, porque hoy el Presidente pudo decirnos aquí, con la satisfacción de toda la Cámara, que, entre los frentes en actividad, hay uno que en estos momentos nos está dando días de gloria, que desde el comienzo de la guerra, alegre, confiado y disociado del país, estaba completamente congelado. Y estos frentes ya se van incorporando, como todos, a esa actividad común de que yo hablaba. Pedimos al Gobierno que insista en esto, que siga laborando en esto. La labor que el Gobierno realiza—y no quiero extenderme, pero quiero decir que en ella habrá los errores naturales e inevitables de que adolece toda obra humana y que el Gobierno hará cuantos esfuerzos estén a su alcance para corregirlos, tanto en Instrucción, como en Obras públicas, como en Justicia—se irá afianzando. Y así resulta que el pueblo español cada día tiene más confianza en sus gobernantes, los cuales van dando a la España leal el aspecto de un país completamente normalizado.

Y si nosotros apreciamos la labor hecha en el orden nacional, la realizada en el orden internacional no es menos meritoria. Quisiéramos nosotros que la afinidad de ideas no se interpretase en nuestras afirmaciones como motivo de juicios interesados. Este temor lo pierdo un tanto al considerar que, por efusivos que fuesen mis elogios, nunca lo serían tanto como los ofrendados unánimemente por la Prensa, sin distinción de matices, por todos los organismos que representan grandes sectores de opinión y por una pléyade de intelectuales españoles que, en editoriales insertos en toda la Prensa y en cariñosos y expresivos telegramas, pusieron de relieve de manera bien patente la identificación de todo el pueblo español con sus representantes diplomáticos. Fué ayer nuestro camarada Alvarez del Vayo; fué, más tarde, el Sr. Giral, y fué, por último, el Sr. Negrín, quienes, representando a España, han defendido en los medios diplomáticos, con entereza, con dignidad y con inteligencia nuestra causa, cual corresponde a la gallardía y bravura con que defienden a España nuestros soldados en los frentes de batalla. **(Muy bien.)** Gobierno y Ejército habéis interpretado ayer y seguis interpretando hoy los anhelos de nuestro país. Podrán éstos hacerlos sufrir mucho, podrán convertir este drama en tragedia; pero jamás aceptaremos nada que sea indigno, nada que mancille nuestro honor o nada que merme nuestra personalidad y nuestro legítimo derecho a disponer de los destinos y de la soberanía de nuestro pueblo. **(Muy bien.)**

Los bandidos de Burgos se alzaron contra esta Cámara, arquetipo de la representación de la opinión popular. Hoy asiste a esta sesión el Sr. Portela Valladares, que puede ser testigo de mayor excepción. Por ello es posible que se presenten, y que se sigan presentando ante el mundo, Gobiernos que tienen su origen en una base de legitimidad y de soberanía, siendo la expresión de esta legitimidad y soberanía la actual Cámara, que terminará cuando concluya su mandato cons-

titucional y que en todo instante será la representación legítimamente incuestionable del pueblo. Por el contrario, los que en Burgos quieren poner en tela de juicio nuestra legitimidad y supervivencia solamente se apoyan en la traición y no tienen más designio que el de vender al extranjero y al fascio la dignidad de nuestra Patria. Nosotros representamos la opinión legítima de un pueblo; ellos representan el despotismo y la tiranía; nosotros defendemos la integridad de nuestro territorio, nuestra independencia contra la invasión extranjera, y en esta defensa no empleamos medios indignos, salvajes, como los que ellos utilizan con los pueblos inermes de la retaguardia, algunos de los cuales, como ocurrió en Vizcaya, se hallaban alejados de los frentes de guerra y cuya única defensa contra las máquinas mortíferas empleadas por el enemigo, por el ejército invasor, consistía en mirar hacia el cielo implorando y orando piadosamente. Este era el adversario que encontraron los salvajes invasores de España al asolar nuestros pacíficos pueblos. Observad nuestra conducta, por ejemplo, en Asturias. Allí, Sres. Diputados, al comienzo de la guerra, copamos la mayor parte de la Guardia civil y solamente en Sama de Langreo, en lucha franca, hemos reducido a 250 guardias. De igual manera hemos reducido a guardias de Asalto y a muchos enemigos. Pues bien; todos ellos tienen allí sus familias. Que pregunten, que se informen a sus mujeres y a sus hijos nadie les ha hecho el menor daño. ¡Ya se librarían de hacérselo! Por el contrario, ellos, lo que no destruyen con su metralla, lo dejan a la voracidad de los moros que suelen llevar en vanguardia cuando invaden un pueblo para que ensarten a los niños en sus bayonetas y, dominados por la lujuria, fuercen la santidad de nuestros hogares y la honestidad, mundialmente reconocida, de la mujer española.

Esto representamos unos y otros: nosotros, la España de libre culto de ideas; ellos, la España intransigente. Nosotros, camaradas, Sres. Diputados, en Asturias, en Octubre, fuimos calificados de herejes porque en batalla franca, frente a frente, bombardeamos la catedral, que tenían y tienen debidamente artillada. Hoy, los ejércitos extranjeros, los moros, en la mayoría de los casos en vanguardia, pretenden invadir Asturias. Los bravos asturianos—y permitidme este desahogo, como asturiano—, aquellos hombres que en todo momento supieron luchar por su hermosa y rica región, defienden, según ellos, la Historia, la cuna de la Reconquista. Por el contrario, los otros, al traer a los moros, convierten a éstos en mercenarios de la religión que dicen defender, ya que por la Historia y sus leyendas sabemos que los moros fueron arrojados de España por su herejía.

Pero aprovecho esta ocasión—y agradezco infinito al Sr. Presidente del Consejo que haya dedicado tan emotivo recuerdo a los asturianos—para poner de relieve que si hoy faltan aquí Diputados es porque están cumpliendo su deber en las trincheras. Y os digo, sin que quiera bucear en el futuro: no sé lo que podrá ocurrir en Asturias, pero sí sé que Asturias antes de ser invadi-

da será inmolada, y que de la misma manera que en Octubre la clase trabajadora, al levantarnos en movimiento revolucionario contra un Gobierno que creíamos—y el tiempo vino a confirmar nuestra creencia—que sería la perdición de España, enarbolamos la consigna del “U. H. P.”—unión, fuerza—, en estos momentos también la hacemos nuestra, y la clase trabajadora asturiana, con cincuenta años de tradición y de lucha, sabrá cumplir con su deber. Y si la invasión extranjera, por su gran fuerza, por su gran impetuosidad, por descargar toda su potencialidad bélica, llegara a dominar Asturias, que sepan que Asturias podrá ser invadida, podrá ser destruida por el invasor salvaje, pero que Asturias revivirá porque quedará fertilizada por la sangre asturiana que se derramará defendiendo su integridad. **(Aplausos.)**

Nuestros enemigos, para justificar sus horrendos crímenes y los procedimientos de lucha que emplean, quieren presentarnos ante el extranjero polarizando la lucha entre lo que ellos llaman comunismo y fascismo; pero en las reuniones internacionales, a que antes nos hemos referido, el representante de uno de los países hacia el cual nosotros, como el Sr. Presidente, declaramos nuestra mayor gratitud y nuestra efusión más cordial, el camarada Litvinof, en representación de Rusia, pudo deshacer esta patraña, patraña que nosotros conocíamos ya por la realidad. Para el enemigo no hay comunismo ni hay fascismo; para el enemigo lo interesante son nuestras materias primas, nuestros productos. El enemigo, como decía Litvinof, entiende mucho más de geología que de ideología. Por ello le interesan mucho más que las discrepancias entre Hitler y el Papa o entre católicos y herejes moros, nuestras materias primas. Mientras invaden nuestro suelo no les hemos visto, hasta hoy, entablar discusiones acerca de la ideología que van a imponer, sino que sus disputas son por el reparto del botín de guerra: sobre quién se va a quedar con las minas o quién se va a quedar con los productos. A pesar de que esto está demostrado hasta la saciedad, bueno es que nosotros declaremos aquí que ni el Gobierno actual, ni los que le han precedido, ni el Parlamento han anulado, ni siquiera mermando, ninguna de las facultades esenciales de los órganos que emanan de la Constitución, y que el hecho de estar nosotros aquí reunidos y de reunirnos periódicamente demuestra de manera palmaria el respeto que el Parlamento y el pueblo español tiene a la Constitución del país.

Claro está que ninguno de los partidos componentes de la Cámara ni España renuncian a su ideario, que es su razón de ser. Nadie hipoteca sus aspiraciones, nadie hipoteca el futuro, y, como es natural, toda guerra civil trae como consecuencia una gran transformación social, porque, ¡ah!, que nos digan qué procedimientos emplean ellos en los países que dominan. Emplean los procedimientos suyos, y nosotros sabemos que si ganaran (que no hay miedo de que ganen) convertirían a España en una colonia de esclavos. Pues bien; deben saber que al sublevarse pier-

den los que se sublevaran sus derechos y sus privilegios, y como aquí los que se han sublevado han sido los grandes terratenientes, los grandes potentados, es natural que, con la pérdida de la guerra civil por parte de ellos, todo eso que antes era de la aristocracia habrá de pasar al patrimonio común del Estado; y como nosotros tenemos la seguridad de ganar la guerra, de ahí que recomendemos siempre a nuestros Gobiernos que, no obstante ser la principal preocupación la de organizar la guerra, no pierdan de vista el ir articulando poco a poco, el ir plasmando en realidades lo que son anhelos populares. Por ello, lejos de mermar el apoyo al Gobierno, se le apoya y se le ayuda, porque así se da satisfacción a la opinión pública.

Nosotros sabemos que toda guerra civil lleva en sí misma una honda transformación, y como socialistas declaramos que no dejaremos de trabajar hasta que se vean convertidas en realidad, en un futuro más o menos lejano, las legítimas aspiraciones de nuestro ideario. Ahora bien; el partido socialista siempre ha declarado que es oportunista y que atempera su actuación en cada momento a las circunstancias, y hoy afirma que cada día se aferra más a la idea, al convencimiento de que lo primordial es ganar la guerra. Si no resolvemos la cuestión previa de ganar la guerra, huelga discutir acerca de lo que va a ser el futuro de España, porque no seríamos nosotros quienes habríamos de estructurarla. Para que podamos hablar de lo que va a ser el futuro de España necesitamos vencer al enemigo, y lo venceremos teniendo un buen Ejército (camino de ello vamos), una buena retaguardia y un Parlamento como el actual, fiel representación, legítima representación de la España leal que lucha. Y este Parlamento, que, como digo, es fiel representación del país, sabe que el anhelo mayor de la opinión pública, lo que reclama un día y otro es que se gobierne, que ha llegado el momento de ir dando de lado los discursos y las conversaciones para entrar de lleno en el terreno de la acción. La concreción de este anhelo es lo que queremos nosotros que reciba el Gobierno, y lo esperamos de este Parlamento.

Por lo que a nosotros respecta queremos que el Gobierno, que cuenta con el auxilio y el aliento de distintos países que han sido aquí citados, principalmente Méjico y Rusia; que cuenta con el aliento del proletariado internacional organizado; que cuenta, cada día con más fervor, con la opinión pública, cuenta, puesto que nosotros somos el reflejo de esa opinión pública, con la adhesión incondicional del Parlamento. Así interpreta el momento la minoría socialista.

Para concluir, nosotros diremos: la minoría socialista hoy, como ayer, incondicionalmente al lado del Gobierno; hoy como ayer, nuestra preocupación, si no única sí principal, ganar la guerra. Para lograrlo, todo nuestro esfuerzo, todo nuestro sacrificio, y nuestra sumisión incondicional al Gobierno, dispuestos a cumplir lo que nos mande; unos a las trincheras, otros a los despachos. A donde haga falta.

En definitiva, si me es permitido usar el simil, diré que el partido socialista quiere entregar al Gobierno el regulador y el freno; y en un todo de acuerdo con las manifestaciones que a este respecto ha hecho el Sr. Presidente del Consejo de Ministros. El regulador, para que encauce, para que dirija, para que impulse los anhelos del pueblo español; el freno, para que pare en seco a aquellos malos españoles, pocos afortunadamente, que son tan mezquinos y tan ruines que no comprenden la grandeza de nuestro pueblo, que no comprenden que España se está inmortalizando—está ya inmortalizada—por la grandeza de su espíritu, por su heroísmo, por la tragedia que vive y, principalmente, por el tesón y la dignidad con que sabe defender la integridad de nuestra Patria y la independencia de nuestra Nación. **(Fuertes aplausos.)**

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Velao tiene la palabra.

El Sr. **VELAO**: Señores Diputados, pesa sobre mí en estos momentos el noble honor de dirigirme a la Cámara en nombre de la minoría de Izquierda Republicana.

Pocas palabras voy a pronunciar, y aun diré que, si no fuera cosa que chocase con las costumbres parlamentarias, podría esta minoría permanecer callada, significando con su silencio la continuidad en una conducta y en una política que hemos observado a través de la actuación de todos los Gobiernos a partir del día en que la infame sublevación militar ha arrastrado a España por caminos de tragedia, llevándola a desembochar en esta guerra de invasión. Ahora, como antes, declaramos que Izquierda Republicana no tiene política, al uso de lo que por política se entiende vulgarmente. Izquierda Republicana no tiene otra política que la guerra, ni lleva encaminada su actuación a otra cosa que a ganar la guerra y que encauza, ciertamente, un proceso de renovación del pueblo iniciado hace ya muchos años. Creo que no habrá quien niegue—y si hay alguien que lo niegue no será por ignorancia, sino por afán de desdibujar los perfiles de un partido republicano—, no habrá nadie que niegue que mi partido contribuyó como el que más a la formación del Frente Popular que, honrada y constitucionalmente, ganó los elecciones de Febrero del pasado año. Pues bien; sin variar un ápice nuestra situación, Izquierda Republicana considera intangible el Frente Popular para ganar la guerra, y si, además, tenemos en cuenta que, a causa de la traición militar, el Frente Popular no ha cumplido los fines que le hicieron nacer, nosotros consideramos de absoluta precisión la continuidad del Frente Popular para después de ganada la guerra, a fin de reconstruir España en todos sus aspectos: social, económica y políticamente.

Pudiera yo, para manifestar nuestra adhesión y confianza al Gobierno, terminar con estas palabras; pero quiero dejar aquí constancia de que el partido de Izquierda Republicana se solidariza con las declaraciones del Gobierno, y me refiero, naturalmente, a la declaración ministerial del Gobierno cuando fué constituido y a la declaración

hecha hoy por boca de su ilustre Presidente, señor Negri. Esta declaración del Gobierno dibuja perfectamente la labor del mismo en sus dos aspectos principales: en aquel que se refiere al área nacional y en aquel otro que desborda sobre el ámbito internacional. En el área nacional el Gobierno ha de resolver aquellos problemas que contribuyan a ganar la guerra en la vanguardia y aquellos otros que contribuyan o que concluyan a formar una retaguardia limpia, honrada y comprensiva; porque creo que al cabo de estos meses nadie podrá dudar ya de que sin el aliento generoso de la retaguardia se hace muy difícil un triunfo legítimo en la vanguardia, y si éste se obtuviera, sería poco de desear, porque se empañaría si sobre este aliento generoso de la retaguardia se desbordase una ola de malas pasiones y de ruines venganzas.

Creo que no es ocioso; por el contrario, me parece propicio el momento para recordar que Izquierda Republicana propugnó siempre la formación del Ejército regular, con mando único y con disciplina férrea, y lo defendió desde el principio de la sublevación militar, como quiso formarlo en aquel Gobierno del pasado año, netamente republicano, en el que tenía mayoría mi partido. Desgraciadamente, conmociones populares y conmociones personales, muy lógicas en estos movimientos, pusieron trabas a aquel propósito. Azares de la guerra, que no se pueden prever a distancia, han venido a darnos la razón y, después de haber lanzado algunos elementos la especie, atrozmente calumniosa para nosotros, de que queríamos el Ejército de la contrarrevolución, creo que hoy no habrá un solo antifascista que pueda poner en duda que es absolutamente necesaria la formación de este Ejército, con mando único, con disciplina férrea y con una serena aplicación del Código de Justicia militar. Como nosotros siempre fuimos partidario de esto y como no ha habido razón alguna que nos haga variar de opinión, ayudaremos en esto, como en todo, al Gobierno para contribuir a que se concluya de formar y de perfeccionar lo que ya hoy es el Ejército glorioso de España, y ayudaremos a ello, porque entendemos que la principal base de vencimiento de nuestro enemigo es la fuerza de nuestras armas y la fuerza de nuestra razón, sin que preceda nunca, sin que soñemos con que preceda a la extinción del último tiro de fusil en la última trinchera ningún concierto vengonzoso que rebaje la dignidad del pueblo español.

Nosotros queremos que en el primer puesto de esta gesta esté nuestro glorioso Ejército popular, y por eso lo queremos libre de toda impureza y alabamos con absoluta sinceridad las medidas del Gobierno, que han ido encaminadas a conseguir que el proselitismo desaparezca de las filas del Ejército, propiedad que queremos ver extendida a otras esferas de la vida nacional.

Nadie puede dudar de que el orden en la retaguardia tiene como principal base la obediencia de los españoles al Gobierno; pero no habrá nunca obediencia legítimamente pedida, si no es el mismo Gobierno el encargado de ordenar y encauzar este orden de la retaguardia. Aludiendo a unas palabras que elocuentemente ha pronunciado mi

amigo el Sr. González Peña, diré que, efectivamente, toda conmoción popular, todo movimiento convulso, lleva anejos errores e injusticias; pero de lo que hay que cuidar mucho es de que los errores y las injusticias no se conviertan en sistema revolucionario, porque de esa manera el país marcha por un camino de anarquía, por el cual nosotros, si tal ocurriera, afirmamos que no estamos dispuestos a dejarnos conducir.

En este orden de ideas declaramos públicamente que en España está casi perfeccionada una retaguardia limpia y comprensiva. Sin embargo, tenemos que decir al Gobierno que deseamos medidas de su parte para remediar determinados errores, y uno de ellos es este sistema desbarajustado, que pudiéramos llamar de las incautaciones, que no obedece a un plan ordenado y decretado por el Gobierno; porque, cuando este sistema obedece a un plan así ordenado y decretado, puede ser, y es efectivamente, la pauta que encauza las ansias renovadoras de un pueblo; pero cuando se deja al libre albedrío de las malas pasiones o de las ruines venganzas, llega incluso a borrar los perfiles de una revolución sana, para convertirla en la verdadera contrarrevolución y sacar al país del marco de la civilización europea.

Nosotros solicitamos, con grandes esperanzas de éxito, tanto más habida cuenta de que ya han tenido principio medidas de Gobierno encaminadas a resolver esta cuestión; solicitamos con todo fervor del Gobierno medidas que aseguren el respeto a la pequeña propiedad, en todos sus aspectos—comercial, industrial y agrícola—, pequeña propiedad que nadie puede negar ha sido víctima de las mismas taras del pasado, absurdo y cruel capitalismo, pero pequeña propiedad que puede y debe ser la base del régimen venidero. Nosotros deseamos que el agricultor, que ha sembrado entre las zozobras de la guerra, entre las zozobras de la retaguardia, entre las promesas de la tierra y la amenaza de las nubes, pueda ver en la cosecha el premio a sus trabajos y a sus desvelos, y para siempre deseche la idea de que la cosecha ha de ser el disfrute de alegres y ajenas osadías.

Nosotros solicitamos medidas de Gobierno para encauzar la economía, y medidas urgentes. Nadie dudará de que al monstruo de la guerra le va pisando los zancajos el espectro del hambre y que, cuando se concluya la guerra, hemos de blandir las armas para defender del hambre a España. Por eso consideramos de urgencia medidas para encauzar y ordenar la economía española.

Por lo que se refiere al aspecto internacional, Izquierda Republicana opina que España debe agradecerimiento a todos los Gobiernos que han ejercido el Poder a partir de la revolución, por la claridad y por la energía con que han sabido defender la dignidad de España fuera de sus fronteras y que ahora ha culminado en la defensa llevada a cabo por este Gobierno por intermedio de su delegación, a la cabeza de la cual el señor Presidente del Consejo de Ministros, por su inteligencia, por su energía y por su claridad de juicio, ha entrado ya en el marco de los estadistas europeos. Seguramente la paralización que

produce toda emoción sincera es causa de que a S. S., a la Delegación y a todo el Gobierno no se le haya rendido ya por este motivo el homenaje a que es acreedor por parte de todos nosotros. Yo quiero que en la Cámara reciba de la minoría de Izquierda Republicana este homenaje sincero de gratitud que le debe el pueblo español. Nosotros, como defensores de la causa del pueblo, tenemos que estar al lado del Gobierno ciegamente, en una política internacional que de tantos esfuerzos necesita para demostrar a los hombres libres que España, en el pasado Julio, se defendía contra la imposición de una dictadura militar que España repudia ya hace tantos años y para demostrar a las democracias europeas que España, en este momento, se defiende contra la imposición de un poder totalitario completamente exótico, incompatible con la psicología del pueblo español, una política que de tantos esfuerzos necesita para demostrar a la Sociedad de Naciones que España ha sido vilmente invadida por naciones extranjeras; que de tantos esfuerzos necesita, en suma, para demostrar al Mundo entero que España sólo desea vivir en un régimen decretado libremente por el pueblo y en armonía con los regímenes de todos los pueblos del Mundo.

Como ha dicho muy bien el Diputado González Peña, no es hora de pronunciar discursos. Voy a terminar. España está muy harta de palabras y está deseosa de buenas acciones; por eso yo espero sinceramente, desde el fondo de mi alma, que la labor de este Parlamento, en la medida de lo que aconsejen las necesidades del Gobierno, sea fructífera, parca en palabras, para demostrar que no es una rémora, sino que, por el contrario, como pieza principal de la máquina del Estado, deja en libertad todos los movimientos del Gobierno, que tiene sobre sí el ingente problema de ganar una guerra y de asentar un proceso revolucionario.

Yo, Sres. Diputados, fundado en las anteriores manifestaciones, anuncio que la minoría de Izquierda Republicana, por todos los motivos expuestos, pone su confianza en el Gobierno que se sienta en el banco azul. **(Aplausos.)**

El Sr. **PRESIDENTE:** Tiene la palabra el señor Portela Valladares.

El Sr. **PORTELA VALLADARES:** Señores Diputados, son los momentos de una solemnidad, de una gravedad, reflejado en lo que aquí han dicho cuantos oradores me han precedido, que se siente en vuestros espíritus, que nos contagia a todos; y obedeciendo a eso, y haciéndome cargo de la modestia, de la poca calidad que tengo para hablar aquí, seré breve, porque ya se ha dicho que lo que hace falta son actos y que los corazones son los que deben hablar. Pero el Parlamento, este Parlamento, es la razón de existencia de la República, es el título de vida de España, y si pertenecemos al Parlamento, en él tenemos que hablar, en él tenemos que decir lo que pensamos, y yo, como primer deber ante vosotros, ante España entera y ante el mundo, he de asegurar la legitimidad de nuestros poderes, el título

lo efectivo de voluntad popular con que aquí os sentáis, porque fui derrotado en esas elecciones y porque presidí el Gobierno que las celebró. El Diputado González Peña ha requerido mi testimonio; ahí está, solemne, definitivo, para que conste en el **Diario de Sesiones** y quede como un jalón en la vida de España, en la historia de España.

No fué de las derechas de quien recibió ataques la gestión ministerial; a aquel Gobierno que presidió las elecciones ni un solo ataque se le dirigió entonces por suponerle inclinado a las actas que aquí ostentáis y, naturalmente, al pasar yo revista en mi espíritu a lo que entonces ocurrió, he de decir algo con valor histórico para que ahí quede también, que no quise decir hasta ahora, cuando en alguna ocasión en el Congreso fui atacado por no guardar lealtad a esas personas, que supondría deslealtades para el país, deslealtades para mis convicciones.

Yo entregué el Poder al Frente Popular, convencido de esta victoria que en el campo electoral había obtenido, como convencidas estaban también de ello las derechas. No quiero hablar de insinuaciones que entonces se me hicieron por calificadísimas personas del campo adverso, que venían a reconocer esta derrota de las derechas; a mí se me hacían las más halagüeñas proposiciones o sugerencias, como si yo tuviera ambiciones personales, que no las tuve entonces ni las puedo tener ahora, so pena de caer en majadería. Pues bien; en aquella ocasión, el 19 de Febrero, yo presenté la dimisión del Gobierno y lo hice porque los Ministros de entonces estimamos que teníamos la obligación de transmitir incólume la autoridad del Gobierno, la estructura del Estado, los instrumentos de gobernar a aquel que nos sucediese, y para conservarlo más tiempo eran precisas dos condiciones, ninguna de las cuales yo aceptaba: una, ir contra los derechos de la democracia, contra el triunfo del Frente Popular. Si el Frente Popular venció, debía recibir el Poder y no esperar a discusiones de actas ni venir con aplazamientos, como no esperaron en Bélgica ni en Suecia pocos meses después. Instantáneamente que un Gobierno no ha obtenido el apoyo del sufragio, ese Gobierno no tiene razón de existir en un régimen democrático, porque la primera fuente de Poder es el pueblo; ha hablado el pueblo, el Gobierno debe inclinarse ante su voluntad. De manera que por ese motivo entregué el Poder al Frente Popular el 19 de Febrero.

Pero hay otra razón, si no de tanta especulación ideológica, de más valor positivo, de más trascendencia histórica, de más decisión política: para continuar en el Gobierno después del 19 de Febrero era preciso proclamar el estado de guerra, y la tesis que estaba en presencia era o admitir o estado de guerra, y yo no quise proclamar el estado de guerra, me negué a publicar el estado de guerra (el decreto lo teníamos firmado en nuestro poder y se lo entregué a mi sucesor D. Manuel Azaña), porque publicar el estado de guerra en toda España era tanto como adelantar lo que después vino; era el golpe militar abriendo las puertas, facilitándole la entrada por la po-

terna, ocultamente, obscuramente, traidoramente, y eso no lo hacía yo. **(Muy bien. Aplausos.)**

Podremos tener los que aquí estamos apreciaciones distintas, podremos hacer nuestras reservas para lo futuro, como decía muy bien el Diputado González Peña; pero tenemos un fondo común que nos une: el respeto a la voluntad popular, y lo que ella diga, eso lo acataremos todos; yo, al menos, lo acataré, sin que me preocupen los avances sociales, que son justos, que son necesarios, porque no puede volverse atrás de lo que la Historia haya hecho.

He dicho que iba a ser breve, y para cumplir lo prometido voy a manifestar mi adhesión, mi cooperación sincera, fervorosa, a las palabras pronunciadas por el Jefe del Gobierno. Podrá haber matices en más o en menos que nos puedan separar; en el fondo lo que él ha dicho yo lo suscribo y por eso votaré la confianza a ese Gobierno. Pero aunque no sintiera yo esta compenetración con él, aunque mi tesis y mis pensamientos fuesen en dirección distinta, yo siempre, en estas circunstancias, daría mi voto y sumaría mi voluntad resueltamente a quien estuviese en el banco azul, porque representa a España, porque representa al Estado español, porque representa la Patria en pie, en lucha contra los que quieren someterla y los que quieren entregarla al extranjero. Son medios de Gobierno; hay que gobernar. Yo tengo confianza completa en que los señores que ahí se sientan **(Señalando al banco azul.)** sabrán gobernar, sabrán responder al instante trágico, trascendente, serio, grave por que atraviesa nuestra Nación. Tengo confianza en el porvenir; veo las cosas desde fuera; desde lejos; allá me vuelvo.

He venido aquí, acudiendo a una solicitud pública, nada más que pública, a cumplir un deber, y confiando en la hidalguía, en la generosidad, en el nuevo espíritu que hay en España, y no me he equivocado; pero, aunque no encontrase nada de eso, yo aquí vendría también a cumplir con mi deber en estas circunstancias. Y os digo que desde fuera se forma el convencimiento de que, o España deja de existir, o el Gobierno de la República tiene que triunfar, porque sin Gobierno de la República no puede haber España. A la España que quedase le faltaría la mitad de sus letras, la mitad de su territorio, la mitad de su soberanía, la mitad de sus hombres, la mitad de su alma, la mitad de su historia, la mitad de esta evolución de los pueblos hacia el progreso, que vosotros representáis. Y al volverme diré lo que he visto desde que atravesé la frontera: orden, trabajo, intensidad de actividades por todos los pueblos que crucé, respeto al hombre, al ciudadano, ninguna preocupación para la vida. Diré lo que he visto en Valencia: esta actividad de la calle, este fervor en las gentes, esta disposición para marchar al frente. ¿A dónde? ¿A Madrid? ¿A Aragón? A Asturias no podemos ir, a Asturias no pueden ir; pero allá están unos pechos, y ellos solos son bastante para hacer la gloria de un país.

Y permitidme que yo, gallego, que llevo dentro a mi tierra constantemente, sin separarme de ella jamás, rinda aquí un tributo también a los que

allá cayeron a millares, a los mártires de Galicia que no pedían más que la liberación de su tierra, la resurrección de su tierra, y para los gallegos que en los frentes están cumpliendo con su deber con aquella abnegación sin regateos, sin condiciones, que ha sido la característica de aquella patria pequeña mía.

Estimo que el ambiente internacional, en un momento con sombras y con recelos para los Gobiernos de la República, sufre una transformación, está en vísperas de una evolución, que no puede pedirse a los Gobiernos que la hagan rápidamente, que necesita conquistar la opinión pública, porque los Gobiernos democráticos no son nada más que índice y reflejo de lo que la opinión de su país representa. Yo tengo la seguridad de que así será cuando se sepa cómo se vive en España, lo que hace España, la gloria de España, la España que surge, y se oigan esas palabras tan generosas, tan amplias con que ha terminado su discurso el Sr. Presidente del Consejo.

¡La paz para todos los españoles! Todos los títulos que se pueden otorgar a un Jefe de Gobierno los merece el Sr. Negrín por haber dicho eso. ¡Para todos los españoles! ¡Hacer una nueva España, una nueva España dentro de los moldes de la República, una nueva España dentro de los moldes de la democracia, una nueva España salida de este Parlamento, salida de los que murieron en los campos de batalla, de los que quedarán después de ceñida la gloria de haber salvado a la Patria y a la República! Y en lo que yo pueda, allá fuera, donde esté, seré siempre un servidor de esta España y tendré como un día de satisfacción espiritual para mí el haber convivido con vosotros en estas horas solemnes, graves, serias, pero en las que alborea un nuevo Estado, una nueva estructuración social creada por vosotros, aquella que salvará a España y nos dará nuevos días de gloria. (Aplausos.)

El Sr. **PRESIDENTE**: Se suspende este debate.

El Sr. Presidente del Consejo de Ministros va a dar lectura de un proyecto de ley."

Seguidamente el Sr. Presidente del Consejo de Ministros subió a la tribuna y dió lectura a un proyecto de ley de Bases para el fomento, ordenación y desenvolvimiento de las actividades nacionales.

El Sr. **SECRETARIO** (Trabal): El proyecto que acaba de ser leído pasará a la Comisión correspondiente.

El Sr. **PRESIDENTE**: Se va a dar lectura de una propuesta de reforma del Reglamento, presentada por el número de Sres. Diputados que exigen los mismos preceptos reglamentarios.

El Sr. **SECRETARIO** (Trabal): Dice así:

"A las Cortes.—Los Diputados que suscriben, con arreglo a lo que dispone el art. 136 del Reglamento del Congreso de los Diputados y en atención a las justificadas razones derivadas de la necesidad de normalizar el funcionamiento de la Cámara, tienen el honor de presentar la siguiente

Proposición de reforma del Reglamento.

Al art. 43, núm. 1), del citado Reglamento se añade un párrafo que dice así: "Si un Diputado dejara de asistir, sin causa justificada, a las sesiones de la Cámara durante dos meses consecutivos, sin obtener la licencia que previene el párrafo anterior, podrá ser privado de las prerrogativas de Diputado y suspendido en todos sus derechos como tal, por acuerdo de la Cámara o de la Diputación permanente, previo dictamen de la Comisión de Gobierno interior".

"La Cámara o la Diputación permanente, en su caso, podrá dejar sin efecto el acuerdo a que se refiere el anterior párrafo si resultare probado por el Diputado suspendido, presentándose a las Cortes y solicitándolo así, que han sido razones de fuerza mayor las que motivaron su inasistencia."

Palacio de las Cortes, en Valencia, a 1.º de Octubre de 1937.—J. Prat, M. Molina Conejero, Juan Simeón Vidarte, Ricardo Gasset, Marino Sáiz, Manuel Torres Campañá, Luis Fernández Clérigo, Dolores Ibarruri, Fulgencio Díez Pastor, Luis García Cubertoret, Juan Sapiña, Matilde de la Torre y una firma ilegible."

El Sr. **PRESIDENTE**: El Sr. Prat, como primer firmante de la proposición, tiene la palabra.

El Sr. **PRAT**: Señores Diputados, muy brevemente, para solicitar la toma en consideración de la propuesta de reforma del Reglamento que tenemos el honor de presentar a la Cámara. Nuestro propósito, simplemente, es que el Congreso de los Diputados tenga en estos momentos la elasticidad necesaria para ser, en su funcionamiento y en su mecánica, tan ágil como debe ser tanto un órgano político como un órgano administrativo en los momentos de lucha contra la rebelión en armas.

A aquellos Diputados que, por medrosidad o por compartir la traición contra la República y contra el solar mismo nuestro, no se sientan en el deber de asistir a estas reuniones, nosotros les declaramos incursos en una suspensión de su prerrogativa parlamentaria; pero ellos no tienen derecho, utilizando una situación de comodidad material, a impedir que, por su pereza o por su cobardía, la mecánica del Parlamento funcione. Por eso nosotros solicitamos de la Cámara que se tome en consideración esta propuesta y que se apruebe. Merced a ella quedará el Parlamento apto, ágil, dispuesto a trabajar en cada momento con arreglo a las necesidades de la Patria y a las de nuestro pueblo. Nada más.

El Sr. **PRESIDENTE**: Un Sr. Secretario va a dar lectura al art. 136 del Reglamento de la Cámara, que se refiere al problema planteado por la proposición presentada.

El Sr. **SECRETARIO** (Trabal): Dice así: "Artículo 136. 1) Las proposiciones de reforma del Reglamento habrán de contar con diez firmas como mínimo y veinte como máximo, se leerán en sesión pública y se imprimirán y repartirán".

El Sr. **PRESIDENTE**: Ha sido cumplida la dis-

posición que marca el apartado primero del artículo 136.

El Sr. **SECRETARIO** (Trabal): Apartado 2.º: "Para la toma en consideración deberán ser apoyadas por uno de los firmantes, y cabrán otros dos turnos en cada sentido, necesitándose el voto favorable de cien Diputados para que pasen a Comisión".

El Sr. **PRESIDENTE**: Estamos en este momento de la discusión. ¿Quiere hacer uso de la palabra algún Sr. Diputado? (**Pausa.**) No queriendo ningún Sr. Diputado hacer uso de la palabra, se va a proceder a la votación para la toma en consideración de la proposición presentada y defendida por el Sr. Prat. Esta votación será nominal. Comienza la votación."

Verificada la votación en esta forma, dió el resultado de 172 votos favorables, según aparece en la siguiente lista:

Señores que dijeron sí:

Negrín.
Prieto.
Irujo.
Uribe.
Hernández.
Zugazagoitia.
Aguadé.
Giner de los Ríos.
Saiz.
Giral.
Muñoz de Zafra.
Sarmiento.
De Toro.
Guerrero.
Alonso Rodríguez.
Lasso.
Fernández Ballesteros.
Martínez Pedroso.
Blanco.
Pérez Martínez.
Ganga.
Barrio Duque.
Fernández Vega.
Escandell.
Marcos.
Ballvé.
Ansó.
Pérez Jofre.
Alba Varela.
Baeza Medina.
Suárez Picallo.
Vargas.
Navarro.
Lorenzo.
De Castro.
Tejero.
De Miguel.
Peset.
Aguilar.
Velao.
Ametlla.
Santaló.
Jené.
Pardo Gayoso.

Martínez Moreno.
González López.
Lasarte.
Robles.
Padró.
Ibarruri (Sra.).
Calvet.
Aznar.
Nelken (Sra.).
Montiel.
Galarza.
De Francisco.
Alvarez Angulo.
Lavín.
Ferrer.
Castillo.
Ruiz Lecina.
Cordero Bel.
Jiménez Molina.
Pradal.
Díaz Castro.
Romero Solano.
Almagro.
Campos.
Longueira.
Pasagali.
Pestaña.
Ruiz Rebollo.
López Malo.
Díaz Fernández.
Menéndez.
Méndez.
Pérez Urria.
Palomo.
Rubio Vicente.
Fernández Osorio.
Just.
Muñoz G. Ocampo.
Vergara.
Gómez Serrano.
Rubio Chávarri.
Torres Campañá.
Artigas.
Gómez Hidalgo.
González Sicilia.
Puig Pujadas.
Corominas.
Nicolau d'Olwer.
Rubió Tuduri.
Ragasol.
Zulueta.
Sala.
Bolívar.
Comas.
Romero Cachinero.
Valentín.
Comorera.
Valdés.
Sentís.
González Peña.
San Andrés.
Pascual Leone.
Fernández Bolaños.
Jiménez Asúa.
García Cubertoret.
Prat.

Vidarte.
 Sapiña.
 Junco Toral.
 Alvarez Ugena.
 Barcia.
 Casares.
 Gasset.
 Valera.
 Molina Conejero.
 De la Torre (Sra.).
 Gomáriz.
 Aliseda.
 Compani Jiménez.
 López de Goicoechea.
 Martínez Risco.
 Rodríguez Castelao.
 Casamayor.
 Viana.
 La Casta.
 Salvador.
 Velasco.
 Kent (Srta.).
 Mascort.
 Casanellas.
 Bañeres.
 Palet.
 Portela.
 Ortega.
 Sosa.
 Torre Larrinaga.
 Jáuregui.
 Lluhi.
 Lara.
 Uribes.
 Laredo.
 Cerezo.
 García Muñoz.
 Villaverde.
 Sánchez Caballero.
 Pina.
 Frápolli.
 Ruiz Funes.
 Mirasol.
 Mendizábal.
 Marco Miranda.
 Bugada.
 Ramos.
 Mije.
 Pretel.
 Templado.
 Menoyo.
 Sol.
 Araquistáin.
 Fernández Hernández.
 López Quero.
 Nogués.
 Martínez Miñana.
 Muñoz Martínez.
 Fernández Clérigo.
 Joven.
 Trabal.
 Señor Presidente.

Total, 172.

El Sr. **PRESIDENTE**: Queda tomada en consideración la proposición presentada por el señor Prat y otros Sres. Diputados.

Para el cumplimiento estricto de lo que dispone el art. 136 del Reglamento, los grupos parlamentarios procederán a facilitar los nombres de los Diputados que han de constituir la Comisión especial de reforma en la proporción que les está asignada para las Comisiones ordinarias. Esta designación de nombres deberán hacerla antes de las cinco de la tarde de hoy.

Orden del día para mañana:

Los asuntos pendientes, votación definitiva de varios dictámenes y los demás que figuran en el orden del día.

Se levanta la sesión."

tarde.

Era la una y cuarenta y cinco minutos de la

Aclaraciones al extracto oficial núm. 62, correspondiente a la sesión celebrada en Valencia el 1.º de Diciembre de 1936.

En la página 3.ª, a continuación de los decretos de la Presidencia que en ella se citan, figurarán los siguientes:

Considerando incluidos los gastos inherentes a los déficit de explotación de los albergues y paradores del Patronato Nacional de Turismo, siempre que se destinen al pago de las atenciones de su personal, en el concepto 2.º "Propaganda" del presupuesto vigente de gastos, sección 1.ª, capítulo 3.º, artículo 1.º, grupo 4.º;

Derogando el decreto de 21 de Julio último por el que se creó la Junta delegada del Gobierno de Valencia;

Aplazando "sine die" el plazo señalado en las leyes vigentes para dar cumplimiento a todos los servicios electorales;

Transfiriendo al Ministro de la Gobernación las facultades que el art. 14 del Código de Justicia Militar confiere a las Autoridades militares y ordenando al Ministro de Justicia la creación de Jueces de guardia con plena jurisdicción y funciones permanentes, para el conocimiento de los delitos que se definan en los bandos que se dicten y aplicación de las penas correspondientes.

El primer párrafo de la página sexta queda sustituido por el siguiente:

"Igualmente quedó enterada la Cámara de varios telegramas y cartas de los Sres. Pradal, Castell y García y García, manifestando su adhesión a los acuerdos adoptados por las Cortes en la sesión de 1.º de Octubre, a la que les fué imposible asistir, y de los Sres. Domingo, Zugazagoitia, Rubio Chávarri y Blanco Fernández, expresando su adhesión al régimen y a los acuerdos que se adopten en la sesión de hoy."

Rivadeneira, S. A. (Intervenido por el Estado).

Paseo de San Vicente, 28.—Madrid.